

Despertando a las Actitudes Contemplativas

EXTENSIÓN CONTEMPLATIVA INTERNACIONAL
Oración Centrante Uno 2020



SUMÁRIO

Las lecturas principales de este taller están tomadas del libro “Despertares,” (Awakenings) del Padre Thomas Keating.

La Fiesta de San Jose – Regalito 1	2
Desprendimiento.....	5
Cultivando al “Dios de todos los días”	8
Descubriendo Dios en las Dificultades	11
Consentir a un nuevo nivel de fe	14
Responder en vez de reaccionar	17
Viviendo el Misterio Pascual todos los días	20
La humildad del amor.....	23
Descubriendo a Dios presente tanto en el sufrimiento como en la paz	26
Escucha el movimiento del Espíritu en tu interior	29
Apertura a los sentidos espirituales	32
Confianza en el perdón incondicional de Dios. Transmitiendo perdón	35
Cultivando la capacidad de recibir y dar amor sin interrupción y sin límites	38
Consintiendo a la Incertidumbre	41
Abriéndonos a la Maternidad de Dios	43
Apertura a realidades más allá de nuestro contexto cultural	46

LA FIESTA DE SAN JOSE

Renuncia en la vida ordinaria

“Así fue el nacimiento de Jesús. Su madre María estaba comprometida para desposarse con José, pero antes de que vivieran juntos, Ella se encontró encinta por el poder del Espíritu Santo. José su esposo, que era un hombre justo y no quería exponerla a la vergüenza, decidió rechazarla en secreto.”

(Mateo 1, 18-19)

Así como Abraham se convirtió en el padre de aquellos que tienen fe, renunciando a la posibilidad de un sucesor, así José llegó a ser el esposo de María, sólo después de que él se dio por vencido en su plan para desposarla. Esto es todo alrededor de la pérdida y el hallazgo de María. Es un paralelo de la pérdida y el hallazgo de Jesús en el templo. José había destruido su corazón sobre el vivir con María como su mujer. Cuando su misterioso embarazo dio al traste con su plan, él decidió que tenía que desistirse de la visión que se había formado sobre su vida – su plan de servir a Dios con María como su esposa. ¿Pueden ustedes pensar en alguien más difícil de darse por vencido que nuestra bendita Madre? La causa de este corazón roto era Jesús en sí mismo. Este es un significativo patrón en la vida cristiana. Posteriormente, José tuvo que pasar por la pérdida y el hallazgo de Jesús en el templo; una aún más profunda participación en el Misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Cada buscador auténtico de Dios, desde el inicio de los tiempos hasta el final del mundo, tiene que pasar a través de este misterio interno de muerte y resurrección, quizás varias veces. El amor de José por María y su visión de vivir con Ella – y después su amor por Jesús y su visión de vivir con Él – fueron sus dos grandes visiones, ambas dadas a Él por Dios, y ambas aparentemente quitadas por las circunstancias que Dios arregló. Estos fueron los dos ojos a los que tuvo que renunciar a efectos de ver con los ojos de Dios. Él tuvo que claudicar a su visión personal con el objeto de llegar a ser la Visión en Sí Misma. Esa es después de todo, la meta y términos de la Vida Cristiana.

¡Dios nos concede gente con gran visión! Por esto, quiero decir, hombres y mujeres que se dedican ellos mismos a algún gran ideal o propósito. La ‘visión’ es lo que le da a la vida ordinaria su dirección e invierte con ese propósito. Como un recorrido a través del desierto, pradera o mar – todas ellas imágenes de la vida ordinaria en la literatura espiritual – uno podrá encontrarse con varios lugares de descanso: un oasis, un jardín de delicias espirituales, o un puerto. Esta puede ser una ocasión de terrible tentación para una persona de gran visión. Uno parece haber arribado al final de la propia laboriosa jornada y todos los inmensos esfuerzos propios parecen estar llegando a fructificar. En realidad, el lugar de descanso se convertirá en un lugar de veneno a menos que uno se apresure a continuar avanzando. La consolación espiritual es perjudicial cuando sólo vio por su propia causa.

Pero ¿cómo puede uno seguir avanzando? ¿Es renunciando a la visión? No precisamente. Más bien es estando anuente a hacerlo. Porque esa última renuncia es la única manera de movernos más allá de lo que uno piensa que es la visión y aceptar lo que realmente es. En otras palabras, es necesario renunciar a todas las propias ideas de cómo alcanzar el lugar de la visión para llegar allá. Así, a Abraham le dijo Dios en el momento más crítico de su vida, “Lleva a tu hijo... Isaac a quien tú amas, y ve a la tierra de Moriah y ofrécelo a él como ofrenda en una de las montañas que Yo te diré” (Gen. 22: 2). Parafraseando el texto, “Toma a tu gran visión, a tu ideal de la jornada espiritual y cómo alcanzarlo, y ve al lugar que Yo te mostraré. Ahí, sacrifícamela”.

La lucha para llegar a la ‘tierra de la visión’ si uno no se conforma con algo menos a lo largo del camino, induce al desengaño o aún a lo que está más cerca de la desesperación. Es como caer muerto. ¡Tu mundo debe ser arruinado! ¡y tú con él! Tu idea de la vocación, de la travesía espiritual, de la Iglesia, de Jesucristo, aún de Dios en sí mismo, debe ser deshecha. El meollo del predicamento humano que Jesús tomó por su propia cuenta no consiste simplemente en nuestros pecados personales. Es nuestra ‘condición pecadora’ – todo lo que nos motiva solamente a reflejar la visión más que a experimentarla.

Lectio Divina

¡Somos convidados ahora al sueño de José! Un sueño que puede ser fruto del cansancio de las luchas, exteriores e interiores, de lo cotidiano en el cual todos estamos y vivimos. Pero también el sueño de los que aprendieron que no lo pueden todo; que hay un momento en el que es necesario esperar. Esperar en Dios antes de cualquier iniciativa. Vamos a acompañar a este hombre justo (Mt 1, 19) en este proceso de descubrir los designios de Dios para nuestra vida y la de nuestra familia, aunque parezcan diferentes a los más bellos y piadosos designios propios.

Después de un período de Oración Centrante o de un breve silencio, practica la Lectio Divina con la Palabra a continuación y permite que Dios te indique los pasos de apertura a su Voluntad, de la misma forma que hizo con José.

Este fue el origen de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José y, cuando todavía no han vivido juntos, concibió un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era un hombre justo y no quería denunciarla públicamente, resolvió abandonarla en secreto. Mientras pensaba en esto, el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa, porque lo que ha sido engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo, a quien pondrás el nombre de Jesús, porque él salvará a su Pueblo de todos sus pecados». Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había anunciado por el Profeta: "La Virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrán el nombre de Emanuel", que traducido significa: «Dios con nosotros». Al despertar, José hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado: llevó a María a su casa, y sin que hubieran hecho vida en común, ella dio a luz un hijo, y él le puso el nombre de Jesús. (Mt 1, 18-25)

Práctica

A lo largo de la semana, después de tu período de Oración Centrante, haz dos ejercicios: uno de memoria y otro de apertura. En el ejercicio de memoria, busca, con el corazón sereno y aún lleno de la presencia de Dios, en qué momentos de tu vida Dios llegó "sin tu consentimiento." Regresa a ese momento y procura entender qué impacto eso tuvo en tu vida. En el ejercicio de apertura, hazte el propósito de renunciar, a lo largo del día, a todo lo que pueda impedir estar atento a los avances de Dios: el abrazo amoroso al que Él nos convida en cada momento.

Este párrafo del PTK, abajo, y la intercesión de San José, podrán ayudarte en este proceso:

"La acción de Dios es siempre inesperada, como lo enseñan muchas parábolas... A veces la sorpresa puede ser algo que deleita, como cuando se encuentra un tesoro escondido en un campo. Otras veces, cuando Dios nos da un reto o nos exige un sacrificio, esa sorpresa nos parece el fin de nuestro mundo; nuestro pequeño nido se hace añicos. Estos eventos ocurrieron con regularidad en las vidas de María y de José. Esta es la primera vez que Dios, sin ser invitado, irrumpe en sus vidas y las voltea al revés. Lo que Jesús predica más tarde es precisamente la aceptación de lo que Él llama el Reino de Dios, que incluye nuestro consentimiento a que Dios irrumpa en nuestras vidas de cualquier manera y en cualquier momento, incluyendo el momento presente. ¡No mañana, sino ahora! El Reino de Dios es lo que sucede; estar abierto a ese Reino es estar preparado a aceptar lo que suceda. Eso no quiere decir que comprendamos lo que está sucediendo".

(Padre Thomas Keating, El Misterio de Cristo, p. 17)



Murillo, 1650 (museodelprado.es)

Desprendimiento

EL FINAL DE NUESTROS MUNDOS

El Adviento —que celebramos hace poco— es la estación litúrgica que celebra el tema de la divina luz. Esta gran luz, encarnada en Jesús, confronta cualquier clase de oscuridad, ilusión, ignorancia. Si reflexionas por un momento en los ciclos naturales de la vida, nuestro mundo siempre está llegando a algún fin. El mundo del útero llega a su final con el nacimiento; el mundo de la primera infancia llega a su fin alrededor de los tres años; la niñez llega a su fin con la adolescencia; la adolescencia con la juventud; la juventud con la crisis de la edad adulta; entonces viene la vejez, la senilidad y la muerte. La vida es un proceso. La experiencia del crecimiento o la declinación de la energía física nos fuerzan a dejar ir cada período de la vida a medida que lo atravesamos. Es decir, la vida física está siempre cediendo el paso a un mayor desarrollo. No debería de sorprendernos, por lo tanto, que Jesús nos invite a permitir que los mundos privatizados de nuestros apegos emocionales, ideas preconcebidas, y valores pre-empacados lleguen a su fin.

Uno de los mensajes del Adviento, especialmente el tema del fin del mundo, no tiene que ver tanto con el fin del mundo, ni con la muerte física —que es el fin del mundo actual para cada uno de nosotros— sino con todos los mundos que llegan a su fin en la evolución natural y espiritual de la vida. Así, cada vez que nos movemos a un nuevo nivel de fe, el mundo previo en que vivimos, con todas sus relaciones, llega a su fin. Esto es lo que Juan el Bautista y posteriormente Jesús quisieron decir cuando iniciaron sus ministerios diciendo, “Arrepiéntanse.” El mensaje que deseaban transmitir era: “Es el final de tu mundo”. Naturalmente, no nos gusta escuchar tales noticias; no nos gusta el cambio. Decimos: “¡Abajo con ese hombre!”

El proceso de conversión comienza con la genuina apertura al cambio, apertura a la posibilidad de que, tal como la vida natural evoluciona, así también, la vida espiritual evoluciona. Nuestro mundo psicológico es el resultado del crecimiento natural, de eventos sobre los cuales no tuvimos control en nuestra primera infancia, así como de la gracia. La gracia es la presencia y acción de Cristo en nuestras vidas, invitándonos a desprendernos de donde estamos ahora y a estar abiertos a los nuevos valores que nacen cada vez que penetramos a una nueva comprensión del Evangelio. Más aún, Jesús nos llama a arrepentirnos no solamente una vez; es una invitación que recurre una y otra vez. En la liturgia, esto se repite varias veces al año, especialmente durante el Adviento y la Cuaresma. También puede darse en otras ocasiones a través de diversas circunstancias: desilusiones, tragedias personales, o el surgimiento en nuestra consciencia de alguna compulsión o motivo secreto que desconocíamos. Una crisis en nuestra vida motivo para salir corriendo; es la voz de Cristo invitándonos a aceptar más de la ‘divina luz’. Un aumento de la ‘divina luz’ significa un aumento de lo que esa ‘divina luz’ revela, que es la vida divina. Y mientras más vida divina recibimos, más percibimos que esa vida divina es puro amor.

Cualquier momento en que aceptemos la invitación para soltar nuestro nivel actual de comunicación con Cristo por uno nuevo, puede ocasionarnos temor. Una relación cómoda con Cristo —nuestro pequeño mundo de lecturas, oraciones, devociones, o ministerios— es buena. Pero lo mismo que el proceso de la vida se mueve día a día, la gracia de Cristo inexorablemente nos llama más allá de nuestras limitaciones y miedos a mundos nuevos. Como a Abraham, el paradigma clásico de la fe, Jesús nos pide dejar tierra, familia, cultura, grupo de amigos, educación religiosa, todo a lo que podamos aferrarnos para establecer una identidad o evitar sentirnos solos. Jesús nos llama, delicada pero firmemente, a dejar todo eso atrás diciendo, “Sal de tu país y de la casa de tus padres y ve a la tierra que yo te mostraré” (Génesis 12: 1).

El llamado a la oración contemplativa es un llamado a lo desconocido. No es un llamado a la nada, pero tampoco es un llamado a ningún lugar que podamos imaginarnos. Cada vez que consentimos a un crecimiento de nuestra fe, nuestro mundo cambia y nuestras relaciones tienen que ajustarse a la nueva perspectiva que nos ha sido dada. Nuestras relaciones con nosotros mismos, con Jesucristo, con nuestros vecinos, con la Iglesia —inclusive con Dios mismo— todo cambia. Es el fin del mundo que hemos conocido previamente y en el que vivimos. A veces el Espíritu deliberadamente hace añicos esos mundos. Si hemos depen-

dido de ellos para ir a Dios, es posible que sintamos que hemos perdido a Dios. Es posible que tengamos dudas acerca de la existencia misma de Dios. No estamos dudando del Dios de la fe, sino del Dios de nuestros limitados conceptos o dependencias; ese dios, en definitiva, nunca ha existido. La fe pura es la purificación de nuestros apoyos humanos en nuestra relación con Dios. A medida que renunciamos a ellos, nos relacionamos más directamente con la divina presencia, aún cuando ésta pudiera sentirse como el final de nuestra vida espiritual.

Por lo tanto, la segunda parte del mensaje de Jesús es importante. Si te arrepientes y estás dispuesto a cambiar, o a permitir que Dios te cambie, el Reino de Dios está cerca. De hecho, ya lo tienes; está dentro de ti y puedes comenzar a gozarlo. El Reino de Dios pertenece a aquellos que han dejado ir sus actitudes posesivas hacia todo, incluyendo hacia Dios. Dios es don puro; no podemos poseerlo tan solo para nosotros. Sólo podemos poseerlo recibiendo y compartiéndolo con los demás.

oooooooooooooooo

Como nos explica el Padre Thomas, en nuestra vida espiritual constantemente se nos invita al desprendimiento, a “dejar ir.” Siempre somos tentados a aferrarnos a los modos familiares de relacionarnos con Dios, incluso cuando el Señor nos invita a trascender lo que nos resulta cómodo y nos brinda seguridad para seguirlo por las sendas de libertad y de aventura del evangelio. Reflexionemos:

- ♦ *¿A qué estoy aferrada en mis relaciones familiares, sociales, culturales y en mi vida de fe?*
- ♦ *¿He experimentado alguna circunstancia en la que una tragedia o alguna dificultad se convirtió en ocasión de crecimiento, desprendimiento y gracia? Agradece al Señor y compártelo, si te sientes llamado, con el grupo*
- ♦ *Observa pausadamente algún ciclo natural de cambio: el crecimiento de hijos y nietos, una flor que se abre o se deshoja, el agua que corre, un amanecer o atardecer...etc. etc. ¿Cómo se manifiesta ahí el “dejar ir,” el desprendimiento?*
- ♦ *Si te sientes inclinado a ello, fotografía con tu teléfono o cámara una imagen que muestre el cambio, la impermanencia de todo lo que existe. Comparte la foto con el grupo.*

Lectio Divina

Después de tu período de Oración Centrante, siéntate por unos minutos con el siguiente texto bíblico. Permanece abierto a cualquier sugerencia del Espíritu. Si alguna palabra, frase o versículo atrae tu atención, quédate con ella, repítela, saboréala. Responde a ella y luego permanece en silencio por unos momentos. ¿Qué te dice sobre el cambio y el desprendimiento? ¿A qué te invita? Comparte con el grupo.

“Cuando Jesús se enteró de que Juan había sido arrestado, se retiró a Galilea. Y, dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaúm, a orillas del lago, en los confines de Zabulón y Neftalí...A partir de ese momento, Jesús comenzó a proclamar: «Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca». Mientras caminaba a orillas del mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: a Simón, llamado Pedro, y a su hermano Andrés, que echaban las redes al mar porque eran pescadores. Entonces les dijo: «Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres». Inmediatamente, ellos dejaron las redes y lo siguieron. (Mateo 4: 12-13, 17-20)

Durante el resto de la semana, te invitamos a regresar a este mismo texto bíblico y leerlo detenidamente, reflexionando sobre él, respondiendo a él y regresando al silencio cuando te sientas así llamado. Trata de llevar alguna de sus palabras o sugerencias a tu vida diaria.

El Padre Thomas hace referencia al llamado de Dios a Abraham en Génesis 12: 1: *“Sal de tu país y de la casa de tus padres y ve a la tierra que yo te mostraré”*. ¿Qué te dice ese versículo sobre tu vida personal ahora, en este momento? ¿Qué te cuestiona? ¿A qué te invita?



Cultivando “al Dios de todos los días”

VIVIENDO COMO SI DIOS ESTUVIERA AUSENTE

“Cuando Jesús desembarcó y vio el enorme gentío, su corazón se compadeció de ellos, porque parecían ovejas sin pastor; y entonces comenzó a enseñarles muchas cosas. Sucedió que ya era tarde y sus discípulos se aproximaron a Él y le dijeron: ‘Este es un lugar desierto y ya es muy tarde; despídelos para que puedan ir a las aldeas y villas cercanas y a comprar algo de comer’. Él les respondió: ‘Denles ustedes de comer’; pero ellos dijeron: ‘¿Vamos nosotros a comprar el equivalente de doscientos días de salario para darles de comer? Él les preguntó: ¿Cuántos panes tienen? Vayan a ver’. Después de haberse cerciorado, le dijeron: ‘Tenemos cinco panes y dos peces’. Entonces Jesús mandó que sentaran a la gente en grupos sobre el pasto. La gente se acomodó por grupos de cien y de cincuenta; entonces tomó los cinco panes y los dos peces y mirando al cielo los bendijo, tomó los panes, los partió y se los dio a sus discípulos para que los fueran sirviendo. También dividió los dos peces entre ellos de la misma forma. Todos comieron y quedaron satisfechos, y recogieron doce cestas de mimbre con lo que sobró de los panes y peces. En total, los que comieron fueron unos cinco mil hombres.” (Marcos 6: 34-44).

Esta ocasión es una de esas situaciones imposibles que surgen regularmente en el curso de la vida ordinaria. Era tarde después de un día agotador; una multitud lejos de sus hogares y sin nada que comer. Los discípulos, viendo la situación, tenían una solución. Fueron a Jesús y le dijeron: ‘Es hora de despedir a la gente para que vayan a conseguir alimento y albergue en los alrededores.’ Ellos no veían a Dios en ese momento; solamente miraban la dificultad como seres humanos. Jesús, por supuesto, no sólo veía el lado humano de la situación, sino también la presencia de Dios en ella. La perspectiva es muy diferente cuando, como Jesús, somos sensibles a lo que Dios está tratando de hacer.

Santa Teresa de Ávila dice que toda dificultad en la oración proviene de un defecto fatal: orar como si Dios estuviera ausente. Nuestra travesía espiritual como un todo padece del mismo defecto fatal: buscar a Dios como si éste estuviera ausente. La vida ordinaria tiene el mismo defecto: vivimos como si Dios estuviese ausente. Una de las formas favoritas de vivir es aplazar nuestra búsqueda de Dios, nuestra oración o nuestra conversión hasta después que nuestros problemas inmediatos se hayan despejado...

Esta es una tentación favorita de casi todo el mundo en la travesía espiritual. No podemos ver la presencia de Dios precisamente donde estamos, ni en las situaciones concretas en las que nos encontramos. Por el contrario, pensamos: ‘Si tan sólo tuviera las circunstancias adecuadas para orar, todo estaría bien. Estaría pensando en Dios constantemente; oraría todo el tiempo, como los monjes santos y las monjas de clausura’.

Yo no estoy seguro de que los monjes y las monjas de clausura se encuentren orando más que tú. Ellos también tienen problemas. Si viven en una granja, surgen las mismas tentaciones: ‘Le dedicaré más tiempo a la oración después de la cosecha’. Si son contadores ‘le dedicaré más tiempo a la oración tan pronto como pague las cuentas de este mes’.



He aquí la clásica tentación de posponer vivir en la presencia de Dios para algún momento en el futuro. Algunos ejemplos de ello: ‘dedicaré más tiempo a la oración tan pronto como mis hijos crezcan; cuando mi esposo supere su enfermedad; cuando no tenga que trabajar tanto; cuando pueda manejar los problemas de personalidad que enfrento en el trabajo.’ En otras palabras, “me enfocaré en la travesía espiritual tan pronto como supere mis problemas inmediatos”. Nuestra respuesta a la vida es poner toda nuestra energía en sobrevivir a las dificultades del momento, creyendo que solamente cuando éstas estén bajo control, seremos capaces de practicar el estar en la presencia de Dios. Mantenemos la ilusión de que Dios no está presente aquí ahora, de que Dios no está en las dificultades diarias. Esta manera humana de juzgar revela una carencia de fe. Somos como Felipe, que le dijo a Jesús ‘Señor, muéstranos al Padre, y con eso nos basta’. La respuesta de Jesús fue: “*Felipe, hace tanto tiempo que estoy con ustedes ¿y todavía no me conocen? Quien me ve a mí, ve también al Padre.*”

Si las situaciones ordinarias de la vida pudieran hablarnos, nos dirían: “¿Cómo es que no nos reconoces? El que nos ve a nosotras, ve a Dios.” Dios está presente en las dificultades y en las situaciones imposibles. Su presencia está allí no sólo ontológicamente, porque Él está en todas partes, sino también porque la acción divina está presente en todos los eventos. Supongamos que un cierto día estamos recitando oraciones mientras manejamos por la carretera y de repente se nos estalla una llanta. Cuando no podemos hallar el gato, nuestras oraciones desaparecen. Tratamos de hacer una señal con el dedo para que alguien se detenga, pero nadie para. Pronto estamos totalmente alterados. Llamamos a un camión de remolque. Sólo cuando hemos llegado a casa y tenemos el auto en el garaje, podemos pensar en Dios de nuevo. ¿Dónde estuvo Dios durante esta situación? ¿Se desintegró?

Necesitamos cultivar lo que Bernadette Roberts llamó ‘el Dios de todos los días’. Los rayos X de la fe no esperan a que todo marche idealmente y en paz antes de relacionarse con Dios. La fe dice: ‘Bien, esta es una situación extraña, una situación desesperada, una situación imposible; ¿qué es lo que Dios me está diciendo o qué es lo que me está pidiendo que haga?’

En el Juicio Final, según la parábola, los servidores de Dios le dirán: “Señor, ¿cuándo estuviste sediento, o hambriento, en prisión o desnudo? y Él responderá: Cuantas veces lo hicieron por el menor de mis hermanos, lo hicieron por mí.” (Mateo, 25: 44)

Las situaciones imposibles pueden deberse a otras personas, a enfermedades, desastres, o a enormes inconvenientes. La forma en que reaccionemos a ellas es nuestra respuesta a la presencia de Dios. Vivir la vida diaria como si Dios estuviera ausente es la falla fatal de la travesía espiritual. La idea de que Dios está ausente es solamente un pensamiento o sentimiento. Si somos capaces de romper con esa ilusión y hacer caso omiso del sentimiento, estaremos en el camino correcto. ¡Dios no puede estar ausente! Tratarlo a Él como si lo estuviera es un insulto. Es como decirle a Dios: “Tú no estás en mi vida, al menos no estás en esta situación’. Oraré cuando me baje de este avión; cuando termine este pesado sermón; cuando finalmente obtenga mi divorcio; cuando esta situación dolorosa en la oficina se resuelva; cuando recupere la energía que necesito para superar esta situación imposible.”

Jesús pudo ver en esa multitud de personas hambrientas y fatigadas, en esa situación imposible, la invitación de Dios a que hiciera un milagro. Él estaba motivado solamente por lo que percibía que Dios estaba haciendo. Su sensibilidad a la compasión divina intensificaba de tal forma su percepción, que, en una situación en la que no había alimento, Él sabía que el Padre haría algo para proveerlo. Si hubiese visto esa situación como una imposibilidad más y hubiese enviado a la gente a sus casas, la preocupación de Dios por responder a esa necesidad humana no se hubiera manifestado.

El Espíritu nos habla de diversas maneras en la vida cotidiana. Cristo está presente bajo diferentes aspectos. En la tragedia humana, hay algo que el Padre quiere que hagamos para traer sanación. La dimensión contemplativa del evangelio aumenta cada vez más la intensidad de esta sensibilidad. Cuando seguimos la inspiración del Espíritu, ocurren resultados imprevistos. De ahí la necesidad de cultivar la presencia y la acción de Dios en las situaciones en las que parece imposible hacer algo. El misterio de Cristo obra en todo, no importa lo humilde y rutinario que parezca. Nuestra respuesta puede estar inspirada por el falso yo o por el Espíritu. Si es por el Espíritu, las consecuencias serán inmensas, tanto para nosotros mismos como para los demás, y quizás para toda la familia humana.

Lectio Divina

Te invitamos a sentarte cómoda y pausadamente, tras un período de Oración Centrante o un breve período de silencio y leer lentamente el texto del Nuevo Testamento con el que comenzamos este envío: Marcos 6: 34-44. Permite que la Palabra penetre lo más profundo de tu ser. Permanece abierto a percibir si una palabra, frase o versículo te atrae de forma especial, si te habla al corazón. Reconócela y repítela, saboréala, rúmiala. ¿Qué trata de decirte acerca de tu situación hoy? Responde espontáneamente a lo recibido y date permiso a permanecer en silencio cuando sientas esa atracción. Lleva esa u otra palabra del texto a tu vida ordinaria.

Práctica

♦ En los días de la semana sucesivos, regresa a la lectura de Marcos en el mismo espíritu de oración y escucha. También te invitamos a acercarte en forma de Lectio al siguiente pasaje: : “Señor, ¿cuándo estuviste sediento, o hambriento, en prisión o desnudo? y Él responderá: Cuantas veces lo hicieron por el menor de mis hermanos, lo hicieron por mí.” (Mateo, 25: 44). Reflexiona sobre él tratando de descubrir personalmente la enseñanza de Jesús sobre “el Dios de todos los días.” ¿Cómo se pone de manifiesto aquí? ¿Quiénes son los sedientos, hambrientos y prisioneros de tu vida ordinaria? Si te sientes llamado/a comparte lo que descubres con el grupo.

♦ Los que siguieron con atención el taller sobre la Práctica de la Presencia de Dios que compartimos el año pasado, reconocerán aquí exactamente sus mismos elementos. Teresita de Lisieux, el Hermano Lorenzo, Bernie y Jean-Pierre de Caussade nos advertían estar despiertos para responder al deber del momento presente. Durante esta semana los invitamos a permanecer alerta para poder reconocer y cultivar “el Dios de todos los días.” Explora formas concretas de responder y compártelas con los compañeros del grupo. Gracias.



Descubriendo a Dios en las Dificultades

CRISTO EN LA TORMENTA

“Entonces Jesús les ordenó a sus discípulos que entraran al bote y se le adelantaran hasta la otra orilla del lago, mientras él despedía a la gente. Después de hacer esto, subió a la montaña a solas para orar. Al atardecer estaba allí solo. Mientras tanto el bote, que se encontraba lejos de la tierra, era sacudido por las olas, ya que el viento soplabla de frente. Durante la cuarta hora de la noche, Él vino hacia ellos caminando sobre el mar. Cuando los discípulos lo vieron caminando sobre el agua quedaron aterrados diciendo ‘es un fantasma’ y gritaron de pánico. Al mismo tiempo, (Jesús) les habló diciendo: “Ánimo, soy Yo, no teman”. Pedro, en respuesta le dijo: ‘Señor, si eres tú, mándame que vaya a ti sobre el agua’; Él le respondió, “Ven”. Pedro salió del bote y comenzó a caminar sobre el mar hacia Jesús, pero cuando vio cuán fuerte estaba el viento, le entró miedo y, comenzando a hundirse, gritó: ‘¡Señor, sálvame!’ . Inmediatamente, Jesús extendió su mano, lo agarró y le dijo: “Hombre de poca fe ¿por qué dudaste?” Subieron a la barca y se calmó el viento. Los que estaban en el bote se postraron ante él diciendo: ‘Verdaderamente Tú eres el Hijo de Dios’ . (Mat. 14: 22-33)

Leamos este dramático texto desde la perspectiva de nuestra propia experiencia de gracia. En la fiesta de Pentecostés, el Espíritu de Cristo, vertido sobre los discípulos originales, se vierte igualmente sobre nosotros. Año tras año esta fiesta refina nuestro aparato receptivo para que podamos sintonizarnos con los mensajes más profundos, delicados y fascinantes del universo y su origen.

Jesús ha pasado la noche en oración. ¿Cómo podría Él llevar a sus discípulos a una mejor comprensión del Reino de Dios? El Reino implica un cambio de valores al nivel más profundo. Este es un proyecto que aterriza a la mayor parte de la gente. Teóricamente sería magnífico crecer. En la realidad, normalmente decimos: ‘Esperemos unos cuantos días, semanas o años’.

Jesús fue inspirado por el Espíritu a usar esta oportunidad para llevar a sus discípulos a un nivel más profundo de entendimiento. El Evangelio no es tanto una enseñanza como una transmisión...

Los discípulos en el bote, maltratados y golpeados por el viento y las olas, son símbolos de los que tratan de acatar el Evangelio y enfrentan varias clases de oposición. Se encuentran con el discípulo ingenuo que piensa que, como han aceptado a Cristo, la oración y la meditación le van a dar una alfombra mágica para llevarlos al gozo, o aún mejor, al éxito financiero en este mundo. ¡Ni soñarlo!

En medio de esta tormenta, una figura surge de las tinieblas. Lo que los discípulos pensaron haber visto es algo que podríamos fácilmente visualizar a las 3:00 de la madrugada: ‘¡Es un fantasma!’ , Jesús está caminando sobre las aguas. Surge de la tormenta. Esto significa que, en un sentido real, está en la tormenta, en el viento y en las olas. Pedro escucha la invitación de ir a Jesús sobre las aguas. En otras palabras, a Pedro se le invita a asirse a Jesús en medio de la oposición, el desengaño, y las dudas de fe. Pedro es símbolo de aquellos cuya fe percibe que el viento no sólo es viento, sino Cristo, invitándonos a encontrarlo en medio de la oposición y la tentación.

La respuesta inmediata de los discípulos es de terror y comienzan a gritar, temerosos del fantasma que está acercándoseles. Jesús los llama: “Miren, de veras soy Yo, ¡No teman!” Entonces, Pedro le dice, ‘Señor, mándame ir a ti sobre las aguas’. Jesús le responde: “Ven”. Pedro desciende hacia las olas, ¡Está caminando sobre el agua! Estira la mano hacia el Señor en medio de los elementos. Se aferra, con todas las fuerzas de su ser, a la presencia de Cristo en medio de la tormenta.

Súbitamente, el viento aumenta; una ola se estrella sobre sus piernas y le salpica el rostro. Ahora hay un pequeño cambio en su enfoque en Jesús y pasa a fijarse en la situación actual. Comienza a hundirse y grita: “¡Señor, sálvame!” De inmediato Jesús lo alcanza, lo agarra y lo introduce en el bote. Sobreviene una gran calma y los apóstoles atónitos exclaman, “Verdaderamente Tú, eres el Hijo de Dios”.

Es agradable saber que no se espera que tengamos éxito la primera vez que intentemos ver a Dios en medio de las dificultades que provienen de adentro o de afuera. Erraremos las primeras veces. Cuando comencemos a hundirnos, solamente tenemos que pedir ayuda y Dios parece moderar la intensidad de la prueba y nos ofrece un breve descanso para luego tratar de nuevo. El ‘de nuevo,’ para los apóstoles, fue la crucifixión de Jesús y todos se hundieron. Las pruebas siempre parecen situaciones imposibles. Tratamos de aceptarlas, pero se vuelven demasiado agobiantes. Nuestra fe y nuestra confianza se marchitan y comenzamos a hundirnos. Pedimos ayuda y Jesús nos rescata. Hay una breve calma. Si continuamos la travesía, el viento y las olas comienzan de nuevo. Nuevamente tratamos de encontrar a Jesús en la dificultad y de nuevo comenzamos a ahogarnos. Él nos saca hacia fuera. Esa es la historia de la travesía espiritual de todos y cada uno. El único error reside en caerse y permanecer caído; en hundirse y no gritar por auxilio.

Poco a poco vamos siendo capaces de escuchar la leve voz en medio del huracán, el terremoto o el fuego. Dios está escondido en las dificultades. Si podemos encontrarlo ahí, nunca lo perderemos. Sin dificultades, no conocemos el poder de la misericordia de Dios y el increíble destino que tiene para cada uno de nosotros. *Debemos ser pacientes con nuestros fracasos. Siempre hay otra oportunidad, a menos que vayamos a la orilla y decidamos permanecer allá.* El mayor peligro de todos es una situación en la que no haya riesgos. Encontrarnos con los vientos y las olas no es una señal de derrota. Es un entrenamiento en el arte de la vida, que es el arte de rendirnos a la acción de Dios y de creer en Su amor, sin que importe lo que suceda.



Lectio Divina

Siéntate tranquilo, tras tu Oración Centrante o un rato de silencio, y lee pausadamente el pasaje de San Mateo que inicia este envío: Mat. 14: 22-33. ¿Qué palabra o frase capta tu atención? Escúchala, repítela, saboréala. Reflexiona acerca de lo que te dice este pasaje bíblico. Puede ser algo muy específico o más general. Deja que penetre tu corazón y que te hable en lo profundo de tu ser en el momento presente. Si te sientes llamado a ello, responde a lo recibido en forma de oración espontánea, en tus propias palabras o sin palabra alguna, con un simple gesto de adoración, petición o agradecimiento. Permanece en silencio unos minutos, descansando en la Palabra. Déjate llevar por el impulso del Espíritu en tu Lectio. Si de inmediato te sientes llamado a descansar en Dios sin reflexión alguna, consiente a esa inspiración. Sé flexible y dócil en todo el proceso. Déjate conducir en la Danza.

Práctica

♦ Nos dice el Padre Thomas que Jesús recibió del Espíritu la inspiración de utilizar lo que sucedía en el momento presente (la tormenta) para aumentar la fe de sus discípulos, enseñarlos a confiar y promover su comprensión del Reino de Dios. Observen la relación que tiene esto con el tema anterior (“Encontrando al Dios de todos los días”). Se nos invita, pues, a no clasificar constantemente los momentos en “buenos” y “malos.” Cuando algo desagradable ocurra hoy y en el curso de la semana, los invitamos a pronunciar de inmediato la palabra “¡Bienvenido!” y la frase que acompaña la Oración de Bienvenida: “Dejo ir mi deseo de seguridad, aprobación y control. Abrazo este momento tal y como es.”

♦ Reflexiona sobre la siguiente frase del envío: “El Evangelio no es tanto una enseñanza como una transmisión.” Comparte las implicaciones de esa afirmación con los compañeros del grupo. El Evangelio se “contagia”. ¿Lo has experimentado?

♦ ¿Cuáles son algunas de las “tormentas” de tu vida actual? Sé específico. ¿Qué te está diciendo Dios a través de ellas? ¿Cuál es tu respuesta de fe a ellas? Confía en la presencia de Dios en ellas. (De nuevo, no estamos promoviendo una actitud de resignación pasiva a males e injusticias a los que hay que responder, sino al espíritu y la respuesta con los que se viven en el inevitable momento presente).



Consentir a un nuevo nivel de fe

LA MUJER CANANEA

Entonces Jesús salió de ese lugar y se retiró a la región de Tiro y Sidón. Y vio venir a una mujer cananea de esa comarca que pedía ayuda a gritos: ‘¡Ten piedad de mí Señor, Hijo de David; mi hija es atormentada por un demonio!’ . Pero Él no pronunció palabra alguna en respuesta. Sus discípulos se acercaron y le pidieron, ‘Despáchala pues sigue gritando detrás de nosotros’ . Él respondió: “Yo he sido enviado solamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel.” Pero la mujer, no obstante, vino a postrarse ante Él: ‘¡Señor, ayúdame!’ . Él en respuesta dijo, “No es correcto tomar el alimento de los hijos y tirárselo a los perros.” Ella contestó, ‘Por favor, Señor, aún los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus amos’ . Entonces Jesús le contestó: “Oh Mujer, ¡grande es tu fe! Que se haga como has pedido”, y desde aquel momento quedó curada su hija. (Mat. 15: 21-28)

Este texto tiene gran significado para la travesía espiritual. En textos previos hemos visto a Jesús dando ejemplos de cómo percibir la infinita preocupación de Dios en la vida diaria y en las situaciones imposibles en las que estamos menos inclinados a buscar a Dios. Hemos visto a Pedro y sus compañeros como símbolos de nuestro esfuerzo por descubrir a Dios en las tormentas de la vida y de percibirlo surgiendo de los vientos y las olas. Se nos pide ir más allá de esto y responder a su presencia. La respuesta de Pedro fue caminar sobre las aguas, símbolo de mantener la paz en medio de las tribulaciones y altibajos de la vida cotidiana.

Ahora entramos de lleno en el asunto. ¿Cómo encontramos a Dios en su *aparente* ausencia, rechazo o abuso? Eso es otra cosa. Este episodio es una descripción de cómo responder cuando la oración se vuelve difícil, cuando la vida interior se cae a pedazos, o cuando la noche de los sentidos desciende sobre nuestro nido espiritual. Desciende para sacarnos del nido. El ‘águila divina’ ha venido para empujarnos hacia la realidad. Este maravilloso episodio nos habla de la ‘noche de los sentidos’ desde el punto de vista de Dios y acerca de su estrategia en la misteriosa aridez, ausencia y oscuridad que siguen a la primavera de la travesía espiritual.

La mujer cananea parece haber sido pagana. Jesús señala que muchas veces los que están fuera del hogar tienen más fe que los de adentro. Ella probablemente había oído que Jesús accedía gentilmente a expulsar demonios. Pensando que Él asentiría fácilmente a su ruego, no esperaba problema alguno al respecto. Quizás ella había visto a algunas personas acercarse a Jesús con la misma petición y obtener sin dificultad lo que le habían pedido. De modo que ella le dice, ‘Señor, hijo de David, ten compasión de mí, mi hija está terriblemente atormentada por un demonio’.

La mujer permaneció de pie allí esperando una respuesta, quizás esperando escuchar alguna frase reconfortante, tal y como: ‘Ve y trae a tu hija aquí’, o ‘Ella ya ha sido sanada’. Si Él hubiese decidido no sanarla, al menos hubiese podido decirle, con una suave palmada en el hombro, ‘Anda, ve a tu casa, y ofréceselo a Dios’. Ese es el tipo de cosas que algunas veces oímos, para nuestra gran consternación, de personas bien intencionadas cuando estamos en aprietos.

El texto dice que Jesús no pronunció palabra alguna; se mantuvo en silencio. ¿Es ésta una respuesta a la oración o no? Yo me aventuro a decir que el silencio es una respuesta tan buena a la oración como conceder nuestra petición. Si aceptamos el silencio como respuesta, es posible que podamos percibir su propósito. Por ejemplo, podría significar que no es el momento adecuado; que no estamos listos para una respuesta, o que estamos pidiendo algo equivocado. El propósito fundamental de la oración no es cambiar a Dios, sino a nosotros mismos y, si no estamos preparados para cambiar, no hay nada más que decir.

En la ‘noche de los sentidos’, venimos a nuestra entrevista con Dios y Él no se aparece. Eso está bien por un rato, pero eventualmente surge la pregunta: “¿Para qué venir si Dios nunca se aparece?” Me refiero

a su aparente ausencia. Él está ahí, pero a un nivel diferente del que estamos nosotros. En el caso de la mujer cananea, el objetivo del silencio es traerla del nivel de fe que tiene al principio del encuentro al nivel de fe que manifiesta al final. Esta estrategia ajusta la acción divina a nuestra condición humana... La única forma en que Dios puede llevar a alguien hasta un nuevo nivel de fe es desafiando su nivel actual. Muchos de los pasajes del Evangelio manifiestan esto. Sólo tenemos que pensar en el centurión, que obtuvo lo que pedía instantáneamente y el hombre cuyo hijo estaba al borde de la muerte, cuyos ruegos de que Jesús fuese a su casa fueron rechazados. Al centurión le dijo, “Iré enseguida.” ¿Por qué ese extraño cambio en la respuesta de una persona a la otra? Pues porque uno tenía ya la plenitud de fe y no necesitaba ser probado, mientras que la fe del otro era débil y necesitaba ser purificada por el divino silencio.

En este diálogo, la mujer es conducida de un nivel de fe al otro, hasta que alcanza un nivel extraordinario... Observemos lo que Él dice: “*Mi misión es sólo para las ovejas perdidas de la casa de Israel*”... La mujer cananea interpretó el significado de esta declaración como: ‘No hay nada que hacer, yo solamente hago milagros para los israelitas, lo siento’. En respuesta, ella se adelanta y se postra a Sus pies, quedando en tierra, sumisa en el polvo. Su grito es ‘¡Socorro!’ . Esa es la oración que el Maestro Eckhart, el teólogo dominico alemán, dice que ‘penetra en los cielos’... Ese grito de desesperación de una persona que se siente rechazada por Dios lo dice todo—es una súplica que debería tocar a un corazón de piedra. Aun así, Jesús no ofrece una respuesta. ¿Dónde está la misericordia divina?

Pero la misericordia divina no es sentimental, sino que coloca inexorablemente las realidades máximas de la vida ante ella, de modo que pueda decir con total honestidad: ‘No puedo hacer nada por mí misma; necesito Tu ayuda’. Y Dios no dice nada...

“No está bien—Jesús dice—tomar el alimento de los hijos y tirárselo a los perros” ¿Cómo pudo Jesús decir tal cosa? La mujer cananea no se amilana ante este insulto más de lo que estaba con el silencio y el rechazo. Ella responde en efecto: ‘Señor, está bien, pero ¿has pensado en esta posibilidad? No estoy pidiendo el alimento de los hijos; no estoy pidiendo una barra de pan. Aún los perros debajo de la mesa comen eventualmente los mendrugos que caen por error. ¿Qué tal si me tiras a mí uno de esos mendrugos?’

Jesús le responde, “Oh, mi querida señora, ¡Cuán grande es tu fe! Puedes tener cualquier cosa que quieras—el mundo entero, el universo, cualquier cosa”. A aquellos que han alcanzado este nivel de fe todo les pertenece. El cosmos fue creado para ellos. Ésa es la escena. Continúa sucediendo en nuestras vidas. Podemos aceptarlo, como la mujer cananea, o simplemente dar marcha atrás.



Según nos explica el Padre Thomas en este texto, la interacción entre la mujer cananea y Jesús conduce a ésta a un nivel más profundo de fe, a un nuevo nivel de consciencia. Dios utiliza todo tipo de recursos para impulsarnos al camino de transformación, y algunos de sus “empujoncitos” (‘nudges’ como los llama el Padre Thomas) pueden resultar muy desconcertantes. La mujer cananea nos revela la necesidad de confiar en la presencia y acción de Dios en todo momento, incluso—o quizá especialmente—en aquellas ocasiones en las que Dios parece habernos virado la espalda.

Reflexionemos ahora sobre este encuentro desde el punto de vista del efecto que tiene en Jesús. Aunque proclamamos que Jesús es verdadero hombre (además de ser verdadero Dios) a menudo pensamos que siempre tuvo, desde un principio, una claridad absoluta acerca de su misión. El evangelio, en más de una ocasión, nos indica que no es así. Como explica Lucas 2: 52, “Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.” Es decir, aunque Jesús siempre estuvo en unidad con su Padre, también experimentó diferentes niveles de sabiduría y de gracia que fueron revelándose paulatinamente a lo largo de la vida.

*En este pasaje nos encontramos con un Jesús que no percibe aún lo total que es su misión. Como Él es incapaz de engañarnos, tomamos sus palabras a la cananea al pie de la letra, como reflejo de su convicción acerca de su llamado hasta ese momento: “Mi misión es sólo para las ovejas perdidas **de la casa de Israel.**” Su apertura y humildad, sin embargo, le permitieron reconocer, en las palabras y acciones de una mujer pagana—y por ello doblemente estigmatizada—la voz de su Padre, que lo llamaba a un ministerio universal*

y no solamente israelita. Jesús permaneció siempre en actitud de escucha a la voz de su Padre, viniese de donde viniese, y de ahí en adelante asumió la amplitud universal de su tarea redentora. En resumen, la fe de la cananea fue, sin duda, instrumento de salvación para ella y su hija, pero también fue instrumento para que Jesús mismo creciera en sabiduría, para beneficio nuestro y de toda la creación. ¿Permanecemos abiertos a la voz del Espíritu en los lugares más insospechados?

oooooooooooooooo

Lectio Divina

Te invitamos a sentarte cómodamente y a leer con detenimiento el pasaje de San Mateo 15: 21-28 que encabeza este envío. Permanece atento a cualquier detalle, palabra o gesto que capte tu atención. ¿A qué aspecto de tu vida te habla este texto bíblico? Permanece abierto, escuchando la voz sutil del Espíritu. Responde con palabras o en silencio cuando te sientas llamado a ello.

Práctica

- ♦ Durante la semana permanece atento a los encuentros casuales que el Señor coloque en tu camino. ¿Qué has podido ofrecer, espontáneamente, en algunos de esos encuentros? ¿Qué has recibido? Comparte con tus compañeros de grupo. ¿Qué te ha dicho al Señor en ellos?
- ♦ Cuando te encuentres clasificando a alguien como “distinto”, extranjero, equivocado, ignorante, “otro”... detente y ábrete humildemente a una relación sin etiquetas. ¿Qué descubres? ¿Qué ofreces? ¿Qué recibes?
- ♦ Si estás pasando por un período en el que Dios parece estar ausente o, por lo menos, silente, haz un acto de fe y pídele al Señor que te conceda esperar por Él y por su momento preciso. Pide socorro. Persevera en tus dos períodos de Oración Centrante todos los días. Hasta las águilas necesitan su pequeño empujón para aprender a volar.



Responder en vez de reaccionar

LA MUJER ADÚLTERA

Jesús fue al monte de los Olivos. Al amanecer volvió al Templo, y todo el pueblo acudía a él. Entonces se sentó y comenzó a enseñarles. Los escribas y los fariseos le trajeron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio de todos, le dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés, en la Ley, nos ordenó apedrear a esta clase de mujeres. Y tú, ¿qué dices?». Decían esto para ponerlo a prueba, a fin de poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, comenzó a escribir en el suelo con el dedo. Como insistían, se enderezó y les dijo: «El que no tenga pecado, que arroje la primera piedra». E inclinándose nuevamente, siguió escribiendo en el suelo. Al oír estas palabras, uno tras otro se fueron retirando, comenzando por los más ancianos. Jesús quedó solo con la mujer, que permanecía allí, e incorporándose, le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Alguien te ha condenado?». Ella le respondió: «Nadie, Señor». «Yo tampoco te condeno, le dijo Jesús. Vete, no vuelvas a pecar». (Juan 8: 1-11)

El Templo de Jerusalén era un lugar impresionante: numerosos arcos, muros, torres, pisos ornamentados y el gran altar del sacrificio. Era allí donde Jesús solía enseñar durante el día, mientras que por la tarde se retiraba a orar en el Monte de los Olivos. En el Antiguo Testamento, los olivos eran símbolo de la misericordia y sanación divinas, una clave para poder entender esta extraordinaria escena.

Cuando Jesús reanuda su enseñanza en esta notable estructura, una mujer es llevada a rastras enfrente de Él. No nos es difícil percibir que le están tendiendo una trampa. A Él tampoco le tomó mucho tiempo percatarse de ello. Sus enemigos se iban haciendo cada vez más agresivos y habían planeado una artimaña para cuestionarlo de manera que no tuviera escapatoria. Cualquier cosa que dijera se utilizaría en su contra. Ellos podrían entonces acusarlo y, quizás, desacreditarlo.

La pregunta era, ‘Hemos sorprendido a esta mujer en un obvio pecado y la Ley claramente establece que debe ser apedreada. ¿Cuál es tu parecer al respecto?’ Si Él respondiese “no la apedreen”, estaría contradiciendo a la Ley. Si dijera “Apedréenla”, estaría contradiciendo el sentido general de su enseñanza, basada en que el autor de la Ley era ‘Abba’, el Dios de infinita compasión y preocupación por todo lo viviente. Ésta era una idea revolucionaria. El Dios de Israel, hasta esa época, era considerado como el Dios de los ejércitos, el Dios del trueno y el relámpago, el Dios de la justicia estricta, el Legislador de Israel...

Aquí está Jesús, pues, enfrentándose a un dilema. Si dice “¡No la apedreen!”; rompe la Ley; si dice “¡Apedréenla!”; abandona su propia enseñanza. Lo seguían urgiendo, ‘¿Cuál es tu respuesta?’ Él se inclinó y comenzó a escribir en la arena con el dedo. Cuánto duró esto no lo sabemos, pero todos se fueron tornando inquietos. ¿Qué estaba escribiendo? ¿Qué estaba haciendo? Nadie realmente lo sabe...

...Sus acusadores no iban a permitir que se saliera de la trampa que tan cuidadosamente habían confeccionado. De modo que seguían insistiendo: ‘Maestro, ¿cuál es la solución a este difícil caso?’ Al final, Él se endereza, mira a los fanáticos de la Ley y dice: “*El que no tenga pecado, que tire la primera piedra*”. Entonces se agachó y continuó escribiendo en la arena.

Nótese que Él no cuestionó su derecho a aplicar la Ley; simplemente insistió en una condición, “*Tira piedras, pero sólo a condición de que no tengas ningún pecado en tu propia conciencia*”. Ellos entendieron el mensaje, y el texto significativamente establece que ‘Uno tras otro se fueron retirando, comenzando por los más ancianos’.

A medida que te vas haciendo viejo, esa cuestión de la salvación parece ser más y más elusiva. Los miembros más viejos del grupo, con la experiencia de la edad, abandonan la escena de inmediato, mientras que los más jóvenes, en su celo, sólo entienden el mensaje gradualmente. Finalmente, sólo quedan presentes la mujer y Jesús garabateando en la arena.

Por fin, Jesús mira a la mujer y, con la ironía característica de algunas de sus expresiones, dice: “¿

A dónde se han ido todos?”... Y luego le pregunta: “¿Alguien te ha condenado?” y ella responde: ‘Nadie, Señor’...

Nótese el respeto que Jesús muestra por esta mujer. No trata de predicarle. Simplemente le muestra compasión sacándola del aprieto. Se identifica con ella en su humillación. Es importante que lleguemos a comprender eso en nuestro propio camino espiritual....

Jesús se identifica con los pecadores, no compartiendo sus pecados, sino compartiendo las consecuencias de sus pecados. Jesús comió con pecadores y publicanos. Compartir una comida común, en la cultura de esa época, era símbolo de pertenecer a ese grupo, familia o nación. He aquí la conmoción de los fariseos cuando lo vieron comer con pecadores. Se estaba identificando con los marginados de la sociedad—no sólo con los oprimidos que eran injustamente rechazados, sino también con los pecadores que eran justamente rechazados. Eso significa que, así como Jesús se identificó con el sufrimiento de los pecadores que era consecuencia de sus pecados, así se identifica con nosotros en el sufrimiento que sobrellevamos debido a nuestro falso-yo y a nuestros pecados personales. Podemos unirnos a Él con la plena confianza de que su misericordia se extiende a la miseria humana que es consecuencia de nuestros pecados personales. No importa cuánto nos alejemos de Dios, Cristo está siempre allí esperándonos. En palabras de Abbé Huvelin, ‘Cristo ha tomado tanto para sí el lugar más bajo que nadie podrá arrebatárselo’...

...En este pasaje vemos a Jesús ofreciendo su gran misericordia a la mujer pecadora, pero obsérvese que las palabras con las que la rescata son una invitación a los acusadores para entrar en su propia conciencia y ver lo que está errado en ellos. El problema con las personas santurronas es que son tan pecadoras como aquellos que condenan, pero no lo saben. Por eso, son más difíciles de ayudar. Cuando Jesús dice, “Aquel que esté libre de pecado que arroje la primera piedra”, le está diciendo a los acusadores, “¿Por qué no miras en tu conciencia?” Les está preguntando, “¿Cuál es tu motivación? ¿Estás asumiendo legítima responsabilidad por esta acción?”.

Dios continúa amando tanto al opresor como al oprimido. Nunca seremos capaces de salvar al oprimido a menos que tengamos compasión del opresor. Ellos también necesitan salvación. Este Dios nuestro no tiene favoritos; Él desea rescatar a todos. Muchos opresores han sido, a su vez, oprimidos en su infancia.

Los acusadores de la mujer pensaban que estaban defendiendo la Ley. No reconocían la hipocresía de usar la Ley para tenderle una trampa a Jesús. Él los invitó a mirar en sus conciencias y a enfrentar al orgullo que motivaba su malicia. La cuestión básica es siempre: ¿Cuál es tu motivación en este acto? Es una invitación a la conversión, a tomar plena responsabilidad de nosotros mismos, de nuestra comunidad, nación y religión. Jesús dio su vida por la familia humana y es haciendo lo mismo que aceptamos el llamado a seguirlo.



Como ocurre tantas veces en los incidentes evangélicos, encontramos muchos niveles de significado en este relato de la vida de Jesús. Cómo bien indica el Padre Thomas, está, en primer lugar, el empleo de la Ley para oprimir, rechazar y tratar de destruir. Éste ha sido un mecanismo que ha llevado a veces a guerras religiosas, genocidios y ejecuciones en la hoguera. Ése, obviamente, no es el camino de Cristo. Este pasaje también cuestiona nuestra tendencia a fácilmente condenar a los otros, sin hacernos conscientes de nuestros propios defectos. Antes de emitir la palabra acusatoria, Jesús nos invita a considerar: “Aquel que esté libre de pecado que arroje la primera piedra.”

Pero observamos además en este texto, la forma en que Jesús responde al desafío que le presentan los escribas y fariseos. En otras ocasiones, Jesús les respondió de frente y directamente (ver, por ejemplo, Marcos 7, 1-13), pero, en este caso, está tratando de salvar una vida. No es posible reaccionar a ese grado de violencia de forma directa y desafiante sin provocar una represalia que, en este caso, le costaría la vida a la mujer sorprendida en adulterio. Lo importante para Jesús, en ese momento específico, es responder de una forma que evite el “lanzamiento de la primera piedra”, ya que, una vez lanzada la primera, la segunda y las demás no se harán esperar. La violencia es contagiosa. En su brillante análisis de este incidente, René Girard (“I See Satan Fall like Lightning”, pp. 56-61) sugiere que por eso Jesús inicialmente no mira a los

acusadores a los ojos, sino que baja la vista humildemente y escribe en la arena. Su objetivo en ese momento no es hacer valer sus derechos, sino disipar la violencia e impedir que se extienda. Es la única forma de poder salvar la vida de la pobre mujer a sus pies. No puede correr el riesgo de que su mirada se interprete como un desafío. Se trata, por el contrario, de bajar el nivel de violencia. Añade Girard: “Salvar a la mujer adúltera de ser apedreada, como hace Jesús, significa que él impide que se inicie el contagio violento. Se inicia entonces otro contagio en la dirección opuesta, un contagio de no-violencia. Desde el momento que el primer individuo renuncia a apedrear a la adúltera, se convierte en un modelo que es imitado más y más hasta que, por fin, todo el grupo, guiado por Jesús, abandona el plan de apedrear a la mujer.” La clave, pues, reside en la forma en que Jesús se negó a reaccionar emocionalmente ante el desafío, sino que optó por **responder** con amor, prudencia y confianza a la situación ante sus ojos en ese momento. Cada momento tiene su respuesta precisa. ¿Estamos sintonizados con el Espíritu para saber esperar, escuchar y responder?

Práctica

1. Te invitamos a practicar la Lectio Divina con el pasaje del Evangelio de Juan que venimos considerando. ¿Qué palabra o frase te atrae o te brilla de forma especial? ¿Qué te dice con respecto a tu propio camino espiritual? Te invitamos a explorar, en espíritu de oración, los distintos niveles de significado de este pasaje.

2. Durante esta semana, presta atención a las ocasiones en que te sientas tentado a juzgar a otra persona o a reaccionar de forma desagradable o violenta. Hazte consciente de esta tendencia y trata de no reaccionar inmediatamente, sino de darte espacio, de hacer una pausa que permita responder de manera firme, pero también serena y amorosamente.

3. Durante esta semana, ¿estamos siendo instrumentos de contagio positivo: transmitiendo amor, aceptación, compasión; o de contagio negativo: transmitiendo juicios, chismes o violencia? Coloquemos todo esto en las manos del Señor y pidámosle la gracia de aprender a responder, en vez de reaccionar. La Oración de Bienvenida es una práctica muy eficaz para estas ocasiones.



Viviendo el Misterio Pascual todos los días

JUEVES SANTO

“Entonces (Jesús) echó agua en una vasija y comenzó a lavar los pies a sus discípulos y a secárselos con una toalla alrededor de su cintura” (Juan 13: 5).

Los textos leídos en la liturgia durante la Cuaresma tienen la intención de facilitarnos el entendimiento de los sagrados misterios de la Semana Santa. Pensemos en la mujer penitente, que lavó los pies de Nuestro Señor con sus lágrimas, y en María de Betania, que ungió sus pies con perfume. Era la costumbre de ese tiempo lavar los pies de los invitados, ofrecerles un beso de bienvenida y ungirles la cabeza con aceite. No era la costumbre, sin embargo, besarles los pies, o lavarlos con las propias lágrimas, ni aplicarle bálsamo precioso de gran precio en los pies —en vez de la cabeza— del invitado. ¿Por qué esos extremos por parte de esas dos devotas mujeres?

Ellas, evidentemente, querían demostrar que no se trataba de un invitado cualquiera. Seguramente la bondad divina, que alabó la extravagancia de esas dos mujeres, no podría menos que ofrecerte a ti y a mí las cortesías habituales, si nos invita a Su mesa de banquete.

Con este antecedente en mente, podemos entender por qué Jesús lavó los pies de sus discípulos. Ellos iban a ser sus invitados a la primera cena eucarística, justamente como nosotros lo somos en la conmemoración de la misma. Esta participación en el cuerpo y la sangre del hombre-Dios, es el compromiso de un banquete aún mayor: comer y beber de la vida inmortal y el amor en el banquete eterno del cielo, donde nuestro alimento será la divina esencia misma.

Pero como invitados a la mesa de banquete del Señor en este mundo, y como personas que reciben la hospitalidad divina, los discípulos tenían que recibir, al menos, las señales ordinarias de cortesía. Es decir, el lavatorio de los pies, el beso de bienvenida, y la unción con aceite. Estas tres acciones forman un todo orgánico. Omitir cualquiera de ellas habría sido fallar en la cortesía, algo que el Padre nunca haría con los invitados a su cena. Esas tres señales de cortesía corresponden a tres etapas de la iniciación cristiana.

Primero viene el lavado de los pies, símbolo del Bautismo, que debe preceder a la Eucaristía. Esta última representa al beso de bienvenida, la intimidad de la unión, y el compartir mutuo de amor profundo. La unción de la cabeza con óleo perfumado sugiere la gracia del sacramento de la Confirmación. Jesús no ungió la cabeza de sus discípulos porque aún no se había derramado el Espíritu sobre ellos...

En nuestro caso, no obstante, se nos entrega cada vez que recibimos la Eucaristía, particularmente en la renovación anual del misterio de la Pascua.

Estos recordatorios de la hospitalidad divina, de la inconcebible cortesía que Dios nos extiende, nos hacen aproximarnos al Misterio Pascual con corazones humildes y agradecidos. ¿Cómo podemos agradecerle al Señor esa invitación, la increíble profundidad de su compartir?

Habiendo purificado nuestros corazones por la acción de la gracia de nuestro Bautismo y esperando con ansia la plenitud del Espíritu que esperamos recibir, consumimos la carne de Cristo, que, como carbón vivo, alberga dentro de sí la llama eterna del Espíritu. A medida que recibimos a Jesús en nuestros corazones, nuestro ser más profundo se encandila y se nos hace girar en la dirección de la más profunda realidad de la vida humana, la presencia de la Santísima Trinidad en la profundidad de nuestro espíritu.

oooooooooooooooo

Lectio Divina

Para la mayoría de nosotros no es difícil decir, como dijo Simón: "Señor, creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios". Pero también, a veces, puede haber pasado por nuestra mente: "¡Qué lenguaje tan

duro tiene el Señor! ¿Quién puede seguir sus enseñanzas?" Pero eso puede ser solo palabras, no verdadera oración ...

El gran desafío que se nos presenta en nuestra experiencia cristiana es aceptar la invitación de Dios para "tomar nuestra cruz y seguirlo". En otras palabras: asumir nuestra condición de bautizados y, reconociendo la fragilidad de nuestra condición humana, depositar nuestra confianza en Él y la certeza de que Su Presencia es nuestra mayor esperanza. ¡Y experimentar el misterio pascual, como nos enseñó el Padre Thomas Keating, puede ser el alimento permanente de esta certeza!

Que la *Lectio Divina* de esta Palabra nos acerque aún más a este Misterio ...

"Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo». Discutían entre sí los judíos y decían: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?». Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí. Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre». Esto lo dijo enseñando en la sinagoga, en Cafarnaúm. Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: «Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?». Pero sabiendo Jesús en su interior que sus discípulos murmuraban por esto, les dijo: «¿Esto os escandaliza? ¿Y cuando veáis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes? El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y son vida. Pero hay entre vosotros algunos que no creen». Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar. Y decía: «Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre». Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él. Jesús dijo entonces a los Doce: «¿También vosotros queréis marcharos?». Le respondió Simón Pedro: «Señor, ¿donde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Juan 6, 51 – 69).

Práctica

A lo largo de la semana, especialmente si va a participar en la Semana Santa (aunque sea virtualmente), después de su período de Oración Centrante o breve silencio, busque experimentar el Misterio Pascual aún más profundamente, pero a partir de estas breves reflexiones:

- Si eres bautizado, ¿cuál es la fecha de tu Bautismo?
- Si participas en la Comunión Eucarística, ¿qué fecha recibiste la primera vez? Y la última vez?
- Si está Confirmado, ¿en qué fecha recibió este Sacramento?
- ¿Tienes la costumbre de dedicar veneración a estas fechas?
- ¿Trae estos signos de Gracia a su memoria y corazón cada vez que se abre a la presencia y acción del Espíritu Santo en sus momentos de oración?

Este párrafo del Padre Thomas Keating, abajo, podrá ayudarte en este proceso:

En la Liturgia, el tiempo eterno penetra cada instante del tiempo cronológico. Los valores eternos, al irrumpir en el tiempo cronológico se nos hacen accesibles en el momento presente. En este sentido Cristo está presente a través del tiempo, pasado, presente y venidero. Él se hace presente mientras nosotros estemos atentos al momento presente. El momento presente trasciende el tiempo y simultáneamente nos manifiesta la eternidad en tiempo cronológico.

Cada vez que celebramos la Eucaristía tenemos a nuestra disposición las cinco diferentes presencias de Cristo. La primera presencia de Cristo se manifiesta cuando nos reunimos en Su Nombre para adorarlo a Él y a Su Padre, que está presente en Él. Por el solo hecho de reunirse para adorar a Cristo o dar testimonio de

Él, la comunidad cristiana hace que Él esté presente. La segunda forma en que Jesús está presente en la Eucaristía es cuando se proclama el Evangelio. Los lectores comunican no solo los sagrados textos, sino al mismo Cristo. La tercera presencia de Cristo tiene lugar durante la oración Eucarística en la cual la pasión, muerte y resurrección de Cristo se hacen presentes. Las ofrendas de pan y vino también llevan incorporado el regalo de nuestro propio ser. La cuarta presencia de Cristo la encontramos en el servicio de la comunión. El pan y el vino consagrados se nos ofrecen a cada uno de nosotros para que los consumamos y podamos así convertirnos en un organismo mayor en el Cuerpo de Cristo. El Espíritu hace que nos integremos con el Cuerpo de Cristo, así como nosotros asimilamos las especies de pan y vino en nuestro cuerpo físico.

Fijémonos en la estructura ascendente de estas presencias. Cada una es más sublime que la anterior. Con todo lo maravilloso que son estos dones de la presencia de Cristo, sirven únicamente para alertarnos de la Presencia Suprema, la Presencia que está ya presente.

Es como si Jesús nos quisiera decir “¡Debéis dejar atrás las angostas limitaciones de vuestras ideas preconcebidas y de vuestras escalas de valores prefabricadas! ¡Penetrad todos los niveles imaginables de la conciencia humana! Entrad en la plenitud de la unión divina y una vez que la hayáis experimentado, predicad el evangelio a toda la creación y transformadla con el poder que os dará vuestra unión e integración conmigo”.

El Amor divino nos hace apóstoles en lo más hondo de nuestro ser, es de allí que nace la presencia y el ejemplo irresistible que puede transformar el mundo.

(Padre Thomas Keating, El Misterio de Cristo, p. 10-12)



Cristo Eucarístico, Anónimo, Sec. XVIII (museodelprado.es)

La humildad del amor

EL INTERROGATORIO DE PEDRO

Después de comer, Jesús le dijo a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?». Él le respondió: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dijo: «Apacienta mis corderos». Le volvió a decir por segunda vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le respondió: «Sí, Señor, saber que te quiero». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas». Le preguntó por tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Pedro se entristeció de que por tercera vez le preguntara si lo quería, y le dijo: «Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero». Jesús le dijo: «Apacienta mis ovejas. Te aseguro que cuando eras joven tú mismo te vestías e ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, extenderás tus brazos, y otro te vestirá y te llevará a donde no quieras ir». De esta manera, indicaba con qué muerte Pedro debía glorificar a Dios. Y después de hablar así, le dijo: «Sígueme». (Juan, 21: 15-19)

Este diálogo entre Pedro y Jesús ocurre a la orilla del Lago Tiberíades, tras una larga noche de pesca infructuosa. Juan el Evangelista lo llama la tercera aparición de Jesús. Fue en esta ocasión que los discípulos, a sugerencia del desconocido de la playa, lanzaron sus redes al otro lado del bote y capturaron la cantidad notable de 153 peces. Cuando alcanzaron la orilla arrastrando las redes, vieron que el forastero les había preparado el desayuno. Les pidió algunos de los peces que acababan de pescar y los invitó a comer.

Esta escena nostálgica tiende a prolongarse. Después del desayuno, ocurre un diálogo tras la invitación de Jesús a Pedro de caminar por la playa. Pedro había negado al Señor tres veces. Su triple negación le pesaba en la conciencia, de la misma forma que nuestros errores pesan en la nuestra. Cuando hacemos algo que quisiéramos no haber hecho o cuando dejamos de hacer algo que quisiéramos haber hecho, tenemos que vivir con las consecuencias... Los sentimientos de culpa tienden a hacernos pensar que el Señor nos observa con una mirada severa como si dijera: “¡Eres un tal por cual!” Pero ésa es una proyección de nuestros propios sentimientos, no es cómo realmente se siente Dios. Cuando Jesús invitó a Pedro a conversar después del desayuno, éste se sentía como si Jesús lo señalara con el dedo. Pero observen que esto ocurre en el momento oportuno. No tuvo lugar con el estómago vacío. Dios siempre escoge el momento adecuado para estas confrontaciones profundas.

Aquí viene entonces la primera pregunta: “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas?*” El ‘comentarista interno’ de Pedro, el juicio emocional que evalúa todo lo que pasa, se dispara. El “comentarista” dice: “Mira, se dirige a ti con el tratamiento formal.” “*Simón, hijo de Juan*” era un tratamiento formal propio de una corte judicial. En vez de llamarlo Pedro, el nombre que le diera desde su primer encuentro, Jesús se dirige a él con el tratamiento formal propio de las ocasiones solemnes, “*Simón hijo de Juan, ¿me amas?*” Cada una de estas palabras está delicadamente matizada y, a menos que lleguemos a entender estos matices, no percibiremos la extraordinaria profundidad de este intercambio y la dolorosa naturaleza de esta interrogación. ¿Me amas? La palabra ‘amor’ en griego, no es traducible; significa, “¿Me amas con el mismo amor desinteresado que yo te he mostrado?” O “¿Me amas con el amor generoso que no busca recompensa?”

La respuesta de Pedro es, “Sí Señor, tú sabes que te amo.” Pero Pedro no usa la misma palabra para referirse al amor que Jesús usa. Es decir, no asegura tener la misma clase de amor que ha recibido. Simplemente dice: ‘Tú sabes que te quiero’. La palabra ‘amor’ empleada por Pedro se refiere al amor fraternal o al amor de amistad. En otras palabras, “Tú sabes que te quiero con mi afecto humano”—la forma en que las personas normalmente se muestran amor las unas a las otras.

Jesús le dice, “Alimenta a mis ovejas”.

Caminaron un poco más lejos mientras las implicaciones de la primera pregunta se filtraban en la conciencia de Pedro. Entonces viene la segunda: “*Simón, hijo de Juan, ¿me amas realmente?*” De nuevo Jesús usa, para referirse al amor, el término que corresponde al amor divino o al amor de entrega total.

Pedro está consciente de hacia dónde se dirigen estas preguntas. Todas las pretensiones prominentes de su discipulado inicial, su deseo de ser la mano derecha del Mesías, se han desmoronado. Sus tres negaciones han puesto al desnudo quién era él realmente. Cuando las piezas se iban cayendo, también cayó él... Se encuentra desnudo ante la verdad a la que Jesús lo ha conducido amorosamente. De modo que Pedro dice de nuevo: “Tú sabes que te quiero con mi pobre afecto humano”. Eso es lo único que él afirma tener.

A medida que caminan, el interrogatorio ha llevado a Pedro a una nueva profundidad de comprensión. Con las palabras, “Alimenta mis corderos” Pedro debe haber estado consciente de que Jesús lo estaba restaurando como líder de los apóstoles. También estaba consciente de cuál era la condición: el reconocimiento de su total dependencia de Cristo.

Ahora viene una tercera y última pregunta. Las otras dos han preparado a Pedro para la final. Dudo que hubiera podido soportarla sin haber pasado por las dos primeras... Aquí está la pregunta: “*Simón, hijo de Juan, ¿de verdad me amas?*” La palabra amor que Jesús emplea aquí no es el amor divino (agape) que ha venido utilizando, sino el término usado por Pedro. La implicación es, “*¿De verdad me amas como hermano o amigo? ¿Me amas siquiera con tu afecto humano?*” En otras palabras, “¿Tienes realmente algún amor por mí?”.

Esta pregunta pone en duda el amor y el afecto humano de Pedro por Jesús, y la duda surge precisamente de la persona que significa todo para él. Poniendo la pregunta de otra manera, “A la luz de tu conducta, Simón, hijo de Juan, te hago una pregunta final, ¿me amas realmente?”. Es decir, aquí tenemos a Pedro pidiéndole a Jesús que crea en su afecto humano y Jesús le pregunta: “Estás seguro?”.

La respuesta de Pedro es, “Señor, Tú lo sabes todo”. La palabra griega ‘saber’ se refiere aquí al conocimiento divino... Jesús contesta, “Alimenta mis ovejas”. Jesús, parece decir “Acepto tu afecto humano, pero te estoy llamando al amor perfecto que es amar como Yo te he amado”. Así, Pedro recibirá el amor que es ‘agape’, ahora que él ha reconocido que es ‘don-puro’, y que un día entregará su vida por Él.

Finalmente, Jesús le dice, “Sígueme”. Estas son las mismas palabras pronunciadas por Jesús cuando lo llamó inicialmente a ser su discípulo—las mismas palabras, pero una distancia infinita ha transcurrido en esos pocos años: la distancia entre la presunción del falso-yo de Pedro y la humildad del conocimiento iluminado de sí mismo.

El amor de Cristo no recrimina a nadie, pero no puede penetrar la arrogancia del orgullo. El falso yo no desea ser transformado. Quiere esconder todo lo negativo acerca de sí mismo y pretender que puede dirigir nuestra vida y quizás la de todos los demás.

La humildad es la condición necesaria para el ejercicio correcto de la autoridad en la Iglesia. Cuando no está presente, nada funciona. Puesto que Pedro iba a ser el pastor principal, era necesario que cayera en cuenta de que todo era puro don de Dios. Solamente entonces estaría listo para recibir al Espíritu y ser cabeza de la Iglesia. Con estas preguntas, Jesús amorosamente lo arroja de un abismo de humillación a otro, mientras que, al mismo tiempo, lo reafirma en su vocación.

Estas son las mismas preguntas que escuchamos en la Noche de los Sentidos’, e incluso más, en la ‘Noche del Espíritu’.

oooooooooooooooo

Lectio Divina

Practica la Lectio Divina con el texto del evangelio de Juan que encabeza este envío. Permite que Jesús te haga a ti, en tu período de Lectio, las mismas preguntas que le hizo a Pedro. ¿Cómo puedes responderle? ¿Qué palabra, frase o versículo llaman tu atención? Sigue la atracción del Espíritu.

Práctica

1. La Cuaresma es la época precisa para permitir que el Espíritu sondee nuestro interior y nos interroge como a Pedro. No es época de recriminaciones, ni de “trabajar” en mí mismo por mi cuenta. Es época de

permitir que el Espíritu nos vaya mostrando, como en un espejo, nuestras motivaciones mezcladas y nuestras debilidades. Humildemente acéptalas. Practica la Oración de Bienvenida con ellas.

2. “La humildad es la condición necesaria para el ejercicio correcto de la autoridad.” Muchos de nosotros nos encontramos en situaciones de autoridad en variados contextos (en la familia, en el trabajo, en la sociedad). ¿Ejercito la autoridad que me corresponde en un espíritu de humildad? ¿Ejercito la autoridad en un espíritu puramente de servicio o busco manifestaciones que apuntalen mis centros de energía emocional: seguridad, poder/control, afecto/aprobación? Colócalo todo en las manos de Dios y permite que el Señor te guíe.



Descubriendo a Dios presente tanto en el sufrimiento como en la paz

LA MÁXIMA EXPRESIÓN

“Así como Moisés levantó a la serpiente en el desierto, así el Hijo del Hombre será levantado, de tal manera que todo aquel que crea en Él, tendrá la vida eterna” “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Unigénito, para que cada uno que crea en Él no perezca, y tenga la vida eterna. Dios no envió a su Hijo para que el mundo se condene, sino para que el mundo pueda ser salvado a través de Él.”. (Juan, 3: 14-17)

Este texto inicia con la llamativa imagen de la serpiente de bronce descrita en el Éxodo, que sanó a los israelitas del veneno que habían adquirido de la plaga de serpientes. Cuando ellos miraban a la serpiente de bronce elevada en una vara, se sanaban. Jesús utilizó este ejemplo para predecir su pasión. La imagen es terrible: un gusano fijado a una estaca retorciéndose de dolor.

Este ejemplo nos lleva a una de las más profundas reflexiones que plantea el Evangelio: ¿Cuál es la Suprema Realidad? Manifestar la Suprema Realidad es la meta de la religión budista, y manifestar el Espíritu es la meta de la religión cristiana. Podemos enfocarnos en esta cuestión colocando lado a lado dos notables imágenes de estas religiones mundiales. Una es la de Buda sentado en profundo “*samadhi*” (Cumbre de la Conciencia divina) con una sonrisa de inefable paz en sus labios.

Hay un santuario en Sri Lanka que Thomas Merton visitó justo antes de su muerte y donde recibió lo que él describe en su *Diario de Asia* como la gracia suprema de su viaje al Asia. Había ido al Oriente en busca de la sabiduría asiática para acrecentar su travesía contemplativa cristiana. Él recibió en ese santuario una notable experiencia de iluminación. Vio en esa obra de arte el máximo logro humano y la plena realización de la iluminación, la posesión de todo conocimiento en perfecta libertad, paz y serenidad, captada por la sonrisa de inefable paz. La sonrisa no era de indiferencia, sino de absoluta compasión sin involucramiento emocional. El rostro de Buda sugiere como él se veía durante su último “*samadhi*”, antes de entrar al Nirvana final, la realización de la unidad, con todo lo que es. La delicada sonrisa transmite la experiencia de unidad del Buda a sus discípulos.

Ahora, veamos la otra imagen: Jesús muriendo en la cruz, sus labios contorsionados en la agonía de la sed y la asfixia. De esos labios sale un grito de desesperación casi infinita, “Dios mío, Dios mío”, ¿por qué me has abandonado?” “¡a Mí!”, es decir, “¡a ¡Tu Hijo!” Ésta es la última paradoja: Jesucristo, el Hijo de Dios, experimentando la alienación más extrema que nadie pueda haber experimentado.

Comparemos estos dos estados, uno de máxima serenidad y el otro de máximo sufrimiento. Estos son, hasta donde sepamos, los estados en los cuales cada uno de ellos murió.

¿Cuál manifestación de Dios es mayor? Si estos dos seres humanos están manifestando la Suprema Realidad de forma suprema, entonces, ¿quién es ese Dios que puede expresarse de dos maneras completamente opuestas? Cada una de ellas expresa la Suprema Realidad de una forma que ninguna otra expresión humana podría manifestar. El misterio que nosotros llamamos Dios trasciende toda experiencia humana, pero está claramente presente en la maravillosa serenidad persistente en los labios del Buda. Lo que nosotros deducimos de esto, es que la misma realidad divina está igualmente presente en el Jesús doliente cuando soporta todos los niveles soportando todos los niveles de la destitución humana. Su rechazo, humillación y muerte nos dicen algo acerca de Dios que nadie nunca había escuchado ni imaginado. Jesús, al asumir la condición humana y dejar a un lado las prerrogativas divinas que podría haber invocado, rechaza los arquetipos de inmortalidad, invencibilidad e invulnerabilidad y se niega a recurrir a su poder divino para rescatarse a sí mismo o a su misión. Manifiesta la máxima humildad de Dios: el deseo de no ser Dios. Este total vaciamiento, que es el corazón del amor divino, tiene lugar para siempre en la Trinidad, a medida que el Padre y el Hijo se vacían el uno en el otro en el amor del Espíritu.

Cuando el amor divino penetra la condición humana, con las inevitables consecuencias de esta unión, se convierte en vulnerabilidad total. Dios está presente, no sólo en la serenidad, no sólo en el logro espiritual. Dios también está presente en el fracaso y en el sufrimiento extremo, y se manifiesta igualmente en cada expresión. La pasión y muerte de Jesús es la revelación del corazón de Dios. Jesús asumió todas las consecuencias de la condición humana, una de las cuales es el pecado; El que no conoció el pecado experimentó las consecuencias psicológicas de la alienación de Dios, que es el fruto principal del pecado personal. Esto significó la pérdida de su percepción de unidad con el Padre, quien era todo el significado de su vida y misión. La crucifixión fue la destrucción del trabajo de su vida, no solo su vida. Por lo tanto, los labios de Jesús, desgarrados por el sufrimiento y expresando la sensación de abandono de la Persona Divina más cercana a él, nos dicen que Dios está tan presente en su ausencia como en su presencia, en el sufrimiento como en la gloria.

Por supuesto, éste no es el final de la historia. Aunque Jesús murió con la última pregunta aún en sus labios, se movió a una realidad nueva e inconcebible. La entrega de su unión personal con el Padre lo catapultó a un estado de ser en el que su humanidad misma se identifica con la divinidad. Él está en unidad con el Padre y con todo lo que existe. Su humanidad glorificada comparte los atributos divinos. Él está presente en todas partes, en todos, en todo y en el corazón de toda realidad. Él es el ser humano divino a través del cual todo regresa al Padre.

oooooooooooooooo

Lectio Divina

Luego de realizar tu período de Oración Centrante, o un breve período de silencio, te invitamos a leer la profundidad del evangelio que reescribimos nuevamente:

“Así como Moisés levantó a la serpiente en el desierto, así el Hijo del Hombre será levantado, de tal manera que todo aquel que crea en Él, tendrá la vida eterna” “Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Unigénito, para que cada uno que crea en Él no perezca, y tenga la vida eterna. Dios no envió a su Hijo para que el mundo se condene, sino para que el mundo pueda ser salvado a través de Él.” (Juan, 3: 14-17)

Detén la lectura cuando alguna palabra te llame la atención. Deja que te penetre en el alma. Permanece abierto a percibir ¿Qué te atrae de forma especial? ¿Qué te dice HOY a Ti en este periodo de cuaresma? Reflexiona y trata de descubrir personalmente si te sientes invitado a responder, profundiza en cada frase. Al final permanece en silencio por unos minutos.

Práctica

En los días de la semana, regresa a la lectura en el mismo espíritu de oración y escucha.

- ♦ Reflexiona acerca de la invitación a descubrir personalmente la enseñanza de Jesús sobre “el Dios de todos los días.” ¿A qué te llama? ¿Cómo reaccionas ante ese inconmensurable Amor de Dios a la humanidad? ¿Estas viviendo aquí y ahora la Vida eterna? ¿Crees que Jesús vino al mundo para que seas salvado a través de Él? ¿De qué te salva?

- ♦ A veces es fácil descubrir a Dios en la serenidad, como en la sonrisa del Buda. No lo es tanto en los momentos de gran sufrimiento, inseguridad y zozobra. En esas ocasiones, con Jesús, solemos decir: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Se nos invita, entonces, a hacer como Jesús un acto de fe, reconociendo la presencia divina tanto en la calma como en la tormenta. ¿Cómo reaccionas en esos momentos difíciles? ¿Cuáles son algunas de tus agonías actuales? Practica la Oración de Bienvenida regularmente.

- ♦ Permanece alerta para poder reconocer y cultivar “el Dios de todos los días.” Explora formas concretas de responder y compártelas con los compañeros del grupo y agradece desde el fondo de tu corazón al Dios Amor que te ha dado la Vida para que, creyendo en él, puedas vivir la plenitud aquí y ahora.

Gracias.



**“MOISÉS LEVANTÓ
LA SERPIENTE DE
BRONCE EN EL
DESIERTO Y TODO
EL QUE LA MIRABA
SE SANABA.**



**JESÚS, EL HIJO DEL
HOMBRE, HA SIDO
LEVANTADO EN ALTO
PARA QUE TODO EL
QUE CREA EN ÉL
TENGA VIDA ETERNA.**

Escucha el movimiento del Espíritu en tu interior

LOS FRUTOS DEL ESPIRITU

“Jesús regresó a Galilea lleno del Espíritu Santo, y su fama se extendió por toda la región. Enseñaba en sus sinagogas y era alabado por todos. Vino a Nazareth donde había crecido y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día sábado, y se levantó para hacer la lectura. Le entregaron el libro del profeta Isaías, lo desenrolló y encontró el pasaje donde estaba escrito:

“El Espíritu del Señor está sobre de mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres. Él me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y a dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos, y a proclamar un año de gracia del Señor”.

Enrolló los pergaminos, se los devolvió al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga tenían sus ojos fijos en él. Y les dijo, “Hoy se ha cumplido ante ustedes esta profecía.” (Lucas 4; 14-21)

El propósito de las lecturas en la liturgia no es tanto el de instruir como demostrar el poder de la gracia. Son parábolas del poder de la gracia tal como la experimentamos ahora. Estamos expuestos en la liturgia a la enseñanza sapiencial, es decir, la enseñanza diseñada para despertar nuestra consciencia de la gracia de Cristo activa en nosotros. A medida que la comunidad de la liturgia celebra la luz y la vida divina, nuestra participación presupone que las estamos experimentando. En las lecciones escuchamos nuestras propias biografías.

En Navidad, celebramos el evento de la Palabra hecha carne. Las implicaciones históricas son predominantes en esa celebración. En la Fiesta de la Epifanía, que es la transmisión de la luz divina, celebramos el significado espiritual del acontecimiento de la Navidad. La Epifanía es la celebración de nuestra unión con la Palabra hecha carne y nuestra experiencia de esa unión. La liturgia nos presenta lecturas que están históricamente desconectadas, pero que describen nuestra asimilación al misterio de la Palabra hecha carne, nuestro despertar a la vida divina dentro de nosotros y nuestra capacidad de transmitirla. “Hoy” en la liturgia significa la transmisión del misterio como experiencia espiritual inmediata. La religión cristiana es una vida para ser vivida. Comienza, vacila, cae, se levanta, crece y eventualmente madura a través de todo tipo de vicisitudes. Debemos saber escuchar la liturgia no sólo como inspiración y aliento, sino también como fortalecimiento.

La Segunda Venida de Cristo puede ocurrir de dos maneras: al final de los tiempos (sólo Dios sabe cuándo) o mediante nuestro acceso a la dimensión eterna en nuestro interior. Esto último es lo que la liturgia y la travesía espiritual están tratando llevar a cabo. Los valores de la vida eterna se manifiestan constantemente en la dimensión lineal del tiempo cronológico y nos ponen en contacto con la Suprema Realidad.

Las lecciones de la liturgia después de la Epifanía son acerca del significado de ser incorporado dentro de lo que Pablo llama el “Cuerpo de Cristo”. En cada momento del tiempo cronológico, el valor divino de cada momento está disponible para nosotros en proporción a nuestra sensibilidad al Espíritu de Cristo. El Espíritu sugiere lo que se debe hacer en cada momento de nuestra relación con Dios, con nosotros mismos, con las otras personas y con el cosmos. Cuando escuchamos los movimientos del Espíritu, en lugar de nuestras propias ideas brillantes y los programas egocéntricos para la felicidad, el comentario interior que normalmente sostiene nuestros desequilibrios emocionales llega a su fin, permitiéndonos aceptar a las personas y situaciones difíciles. La zona neutral que establecemos permite que el Espíritu actúe.

Nótese que Jesús fue conducido por el Espíritu a Nazareth. Él no fue allá por su propia iniciativa. Fue siguiendo un movimiento del Espíritu en su interior, con quien estaba plenamente identificado. Dios se preocupa hasta el infinito, por todos los seres vivos. Esta es la fuente de toda verdadera misión o ministerio dentro de la Iglesia. La obra no es nuestra. Es un movimiento de amor en la Trinidad. La liturgia es el gran medio de despertarnos y fortalecernos para poder ser quienes realmente somos: células vivas en el Cuerpo de Cristo, motivadas por el mismo amor que vemos en Jesús.

En el texto del Padre Keating encontramos inicialmente un llamado a permitirle a Dios ser Dios en nosotros a través del poder de la Gracia, ser más participativos y no simples espectadores. Nos llama cuando vamos a la Liturgia, a dejarnos llevar por el movimiento del Espíritu y a identificarnos con la Palabra. Luego, hace un hilo conductivo a la celebración de la Navidad o Fiesta de la Epifanía, cuyo significado espiritual nos describe como *“la unión con la Palabra hecha carne y nuestra experiencia de esa unión”*. En su libro *“El Misterio de Cristo”*, el Padre Thomas profundiza esta experiencia como una transmisión de Dios, que puede tener lugar con una infusión del amor divino o al vislumbrar el Misterio de Cristo, y en ambos se reconoce como un regalo de gracia santificante. La Gracia de Dios es la presencia y la acción de Cristo, no sólo en los sacramentos de la iglesia y en la oración, sino también en la vida cotidiana. Escuchar la liturgia, presupone una preparación y la oración contemplativa es una de ellas. Acceder a la dimensión eterna en nuestro interior.

Dios está con nosotros en todo momento, y nos lo ha venido revelando a través de cada uno de los capítulos anteriores. Si somos sensibles al Espíritu estas verdades serán reveladas en todo momento durante nuestra relación con Dios, en nuestra vida ordinaria con otras personas y con el universo. Evitemos escuchar al ego que llevamos dentro y escuchemos más esos movimientos del Espíritu, dejemos que el Espíritu actúe a través de nosotros.

Jesús es nuestro gran Maestro, Él nos dio su ejemplo al dejarse conducir por el Espíritu del Padre. Dios está pendiente de nosotros hasta en el más mínimo detalle, es nuestra Fuente de energía. La obra que hacemos no es nuestra, es el movimiento del Amor de Dios en nosotros. Preparémonos antes de ir a la liturgia en donde encontramos una gran ayuda para despertar a ese Amor, ser fortalecidos en la Fe y poder decir como Jesús *“El Espíritu del Señor está sobre mí”*.

“SOMOS células vivas en el Cuerpo de Cristo, motivadas por el mismo amor que vemos en Jesús.”



Lectio Divina

Después de leer todo el texto, cierra tus ojos y quédate en silencio un corto período.

No te olvides de prepararte, pídele al Espíritu Santo que te dé el regalo de escuchar a profundidad el Mensaje que HOY tiene para ti. Lee nuevamente el evangelio que está al inicio del texto (**Lucas 4; 14-21**). Detén la lectura cuando alguna palabra te llame la atención. Escuchas tu biografía. ¿Qué te dice Jesús hoy?

Práctica

Te invito a que regreses cuantas veces sea necesario a volver al texto de hoy. Prepárate a la escucha en todo momento durante la semana. Así como los que estaban en la sinagoga, mira fijamente a Jesús en tu interior. Trata de responderte a las preguntas que te han surgido de la lectura. En tu recorrido de Cuaresma, incluye al Espíritu Santo, madura y escucha el movimiento que tiene para ti.

¿Recuerdas alguna pregunta que te ha interpelado después de mirarle? Profundiza, observa, reflexiona. ¿Qué ha venido a hacer Jesús por ti? ¿con quién te identificas? ¿cuál es tu biografía en este evangelio? Permanece en silencio muchas veces en la semana y escucha en el silencio, los movimientos del Espíritu. ¿Hacia dónde va tu vida? ¿Incluyes en tu vida al Espíritu Santo? ¿Qué te dice? ¿Por quienes debes estar atento... qué haces por ellos? ... ¿Tus padres... cónyuge... hijos... amigos... hermanos...?

Atento y alerta al movimiento del Espíritu. *“Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho”* (Juan 14:26)

No te olvides de compartir. Queremos saber de ti



Jesús dijo:

**"Cuando venga el Consolador, que
yo les enviaré de parte del Padre,
el Espíritu de verdad que procede del
Padre, él testificará acerca de mí."**

[Juan 15:26]

Apertura a los sentidos espirituales

LA CURA DEL HOMBRE CIEGO

“Ellos llegaron a Jericó. Y cuando iba dejando la ciudad con sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo, un hombre ciego, hijo de Timeo, se sentó al comienzo del camino. Oyendo que se trataba de Jesús de Nazareth, comenzó a gritar diciendo, ‘Jesús, hijo de David, ten piedad de mí’; pero varios lo reprendían diciéndole que se callara, pero él continuó gritando más fuerte, ‘Hijo de David, ten piedad de mí’. Jesús entonces se detuvo y dijo, “llámenlo”, de ese modo, fueron a llamar al hombre ciego diciéndole, ‘anímate, levántate, Él te está llamando’. El hombre tiró a un lado su manto, saltó y vino donde Jesús. Éste, en respuesta le dijo, “¿Qué quieres que haga por ti? El hombre ciego le respondió, ‘Maestro, que vea’. Jesús le respondió, “Vete en paz, tu fe te ha salvado”. De inmediato recobró la vista y lo siguió por el camino.”. (Marcos, 10: 46-52)

Todos los textos del Evangelio que hablan de la sanación de las aflicciones del cuerpo se refieren al cambio interior que Jesús era capaz de comunicar a nivel espiritual. Sin esa sanación, somos ciegos a la realidad espiritual, sordos a la palabra de Dios. Solamente vemos el nivel superficial de la realidad y oímos lo que nuestros oídos alcanzan a captar. Estos no avivan las facultades intuitivas que perciben la naturaleza interna de la realidad y el misterio al interior de los símbolos de la liturgia. El máximo mensaje del universo no es disfrutado porque no es percibido. Estamos encerrados en el nivel externo de las cosas.

Ése es el problema básico que las prácticas religiosas están diseñadas para sanar. Los discípulos de Jesús tenían tantos problemas como los tenemos hoy. En la Última Cena, Felipe le pidió a Jesús que les mostrara al Padre, el Abba de quien Jesús había estado hablando siempre durante su vida pública. Jesús se incomodó un poco con esta petición y le respondió, “Felipe, ¿he estado con ustedes tanto tiempo y aún no me conocen? ¡Quien me ve a Mí, ve también al Padre!” Esta forma de ver no ocurre, ciertamente, con los ojos del cuerpo. Sólo los rayos X de la fe penetran la superficie de la piel y los huesos. Nosotros nos quedamos atascados en la personalidad de una persona, sus antecedentes étnicos, nacionalidad, estilo de vida, o compromiso religioso—cosas que nos impiden palpar la belleza de la persona, aparte de las cosas que pueden molestarnos. Ni siquiera los discípulos escuchaban bien; Jesús dijo una y otra vez, “*El que tenga oídos, que oiga*”, insinuando que ellos escuchaban sus palabras, pero no la realidad interna a la que sus palabras señalaban.

El hombre ciego había escuchado a Jesús de Nazaret mientras mendigaba para ganarse la vida. Cuando Jesús venía por el camino seguido por una gran multitud, comenzó a gritar. Jesús escuchó sus gritos y dijo, “Traigan a ese hombre”.

El sentido de ser llamado, se traduce en nuestra propia experiencia como la atracción a la travesía espiritual y al servicio a los demás basado en una motivación de preocupación genuina. Todos los valores humanos básicos reflejan un hambre de verdadera felicidad que es potencial en cada uno de nosotros, y que puede ser activada cuando miramos con los ojos de la fe o escuchamos con los oídos de la esperanza.

El despertar espiritual puede ser descrito en términos de los sentidos espirituales. Cuando escuchamos acerca de Jesús sanando al enfermo en el Evangelio, debemos estar alerta al hecho de que Él está sanando su ceguera, su cojera, su mudez, o su sordera espiritual. El demonio saliendo de las personas en los tiempos de Jesús, significa la liberación de sus adicciones y compulsiones. La curación del leproso simbolizaba la sanación de su falso-yo, puesto que, en esa época, la lepra significaba una muerte segura. De hecho, implicaba una muerte social, aun cuando se siguiera físicamente vivo.

La primera manifestación de los ‘sentidos espirituales’ es una atracción por Dios. Simplemente puede ser una atracción a estar a solas con Él, en silencio y tranquilidad. Es una cierta insatisfacción con solamente pensar en Dios o sólo hablarle a Dios. Jesús dijo, “El Reino de Dios está cerca”. Traducido en término de

los ‘sentidos espirituales,’ esta máxima de sabiduría apunta al sentido interior de la presencia de Dios. Esto trastoca la monumental ilusión de que Dios está lejos porque no lo podemos sentir.

El tacto es un sentido espiritual más desarrollado, una comprensión adicional de cuán cerca de nosotros está realmente Dios.

“El Reino de Dios está dentro de ti”, corresponde al sentido del tacto. Este sentido espiritual percibe que Dios no sólo está cerca de nosotros, sino que nosotros estamos ‘enraizados’ en Él. El alimento que ingerimos pasa a nuestro interior y se convierte en parte de nosotros mediante su transformación en células de nuestro cuerpo. En cierto sentido, nos convertimos en lo que comemos. En la relación trascendental, nos convertimos en células en el Cuerpo de Cristo, en la nueva humanidad cuyos ojos y oídos se están abriendo al nivel más profundo de la realidad.

El sentido espiritual del olfato simboliza la atracción hacia Dios; el tacto simboliza la cercanía de Dios y el gusto simboliza el sentido de unidad con Dios. Cuando vemos con los ojos de la fe, y escuchamos con los oídos de la esperanza, nos volvemos sensibles a lo que el Evangelio está diciendo. Sin ese despertar, estamos constantemente deambulando por nuestras impresiones superficiales y nuestras reacciones emocionales a la vida. El desarrollo de los sentidos espirituales nos pone en contacto directo con la sabiduría divina, que evalúa las cosas desde el punto de vista de Dios.

Los sentidos espirituales... nos ponen en contacto con la realidad, no a través de los sentidos externos, sino de las facultades intuitivas que directamente perciben los más grandes valores del universo. Ellos pueden despertar gradualmente por medio de la oración contemplativa. El despertar de los sentidos espirituales es el llamado del Evangelio a ver con los ojos de la fe. Cuando los sentidos espirituales se activan, entonces verdaderamente oímos y verdaderamente vemos. Nosotros tenemos el aparato receptor para abrirnos al corazón de la realidad. A través de la fe, la esperanza y la caridad escuchamos el máximo mensaje del universo. El resultado de ese despertar es simbolizado por lo que el hombre ciego hizo después de ser sanado: lo siguió.

Jesús enfatiza lo que sanó (al ciego). ¡La fe! No era solamente la fe que opera por medio de la razón, sino la fe que es una intuición directa. “*Vete en paz*”, le dijo a aquel hombre, “*Tu fe te ha salvado*”. Tu fe, es decir, tu consentimiento al Dios que te llama, que te toca, que te transforma. La transformación en Cristo es la sanación máxima.



Lectio Divina

Luego de realizar tu período de Oración Centrante, continúa en silencio, mantén la atmósfera de paz que te rodea. Te invitamos a leer a continuación el evangelio que encuentras al inicio del envío: (Mc 10,46-52). Detén la lectura cuando alguna palabra te llame la atención. Deja que te interpele. ¿Qué te dice? Puedes imaginar lo que te está diciendo? ¿Te alegra... sonríes?, si te sientes invitado a responder, es el momento de una oración espontánea, desde el fondo de tu corazón agradece al Señor que se hace presente a través de tus sentidos y con un gracias quédate en su compañía.

Práctica

El padre Thomas Keating nos indica que cuando vemos con los ojos de la fe y escuchamos con los oídos de la esperanza, nos volvemos sensibles a lo que el Evangelio está diciendo. Podemos ver más allá de lo que los ojos nos muestran. El desarrollo de los sentidos espirituales nos conecta con las cosas desde el punto de vista de Dios. Para facilitar esta experiencia el Hermano Lorenzo nos indicaba en el Taller sobre La Presencia de Dios, el hacernos conscientes de la Inhabitación Divina. Esto indudablemente nos ayudará a ver con los ojos de Dios y a escuchar con los oídos de Dios.

Te invitamos a realizar la siguiente práctica:

♦ Observa a las personas conocidas que te rodean; las amamos, pero en ocasiones nos disgustamos; aprende a mirarlas con los ojos de Dios, rodeándolas con tu amor, aceptándolas tal y como son, olvidándote de controlarlas. Envía tu amor a ellas y rodealas de tu ternura. Aprende a mirar con los ojos de Dios pues Dios habita en ellas.

♦ ¿Logras sentir el llamado de Dios que te transforma? Ese amor que va llenando tu espíritu, lo irás compartiendo con los demás. Dios te transforma.

♦ ¿Escuchas en el silencio el llamado de Dios en tu travesía? ¿Respondes como el ciego Bartimeo, que saltó y fue donde Jesús, consciente de ese llamado?

♦ ¿Escuchas el llamado al servicio? ¿Cuál es tu respuesta? Comparte con tus compañeros de grupo.



Confianza en el perdón incondicional de Dios. Transmitiendo perdón.

EL HIJO PRÓDIGO

Jesús dijo también: «Un hombre tenía dos hijos. El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde". Y el padre les repartió sus bienes. Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida licenciosa. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones. Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba. Entonces recapacitó y dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia y yo estoy aquí muriéndome de hambre!". Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros". Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó. El joven le dijo: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo". Pero el padre dijo a sus servidores: "Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado". Y comenzó la fiesta.

(Lucas 15: 11-24)

Aquí nos encontramos con un joven que tiene una enorme inversión emocional en querer pasarla bien. Había estado ahorrando su dinero y ahora tiene además la herencia que había solicitado. Su anhelo de felicidad se centra en el placer, el afecto y la estima. De modo que reúne sus posesiones y se prepara para darse la buena vida. Cuando está en medio de sus prolongadas parrandas, se percata de que su programa emocional de placer no funciona todo lo bien que esperaba. En medio del gozo de esa ‘gran-vida’, sobreviene una gran hambruna, pierde toda su fortuna, sus ‘amigos’ lo abandonan y no tiene nada que comer. Lleno de desesperación, toma el trabajo de cuidador de una porqueriza. En la cultura local, ésa era la manera más baja de ganarse la vida. En ese momento, recuerda lo bien alimentados que están todos en su casa, incluyendo los sirvientes bajo contrato. Nótese que su motivo para regresar a casa no es el mejor. Su razón principal es que su programa de felicidad basado en el placer ya no es viable.

Esta parábola comunica el hecho de que estamos relacionados con un Dios que está infinitamente preocupado por nosotros. El padre del hijo pródigo esperó durante años que su hijo despertara y comprendiera que la felicidad no puede ser encontrada en la búsqueda del placer. Cuando ve a su hijo aproximarse a la casa, se conmueve profundamente. De hecho, resulta tan afectado ante la vista de su hijo harapiento, que olvida la deshonrosa manera en que éste lo había tratado cuando partió con su parte de la herencia. Sale corriendo a encontrarse con él y lo colma con toda clase de bienvenidas.

Esta parábola está dirigida a las personas que viven una vida que el público califica como de ‘mala reputación’. La mayor parte de los pecadores, a un nivel profundo, son inseguros, solitarios y usualmente actúan basados en el daño que se les hizo en su niñez. Su conducta actual no es tanto algo que han escogido, como el resultado de lidiar con el abrumador trauma emocional infligido a ellos por los adultos, a una edad en que no eran capaces de enfrentarlo. La única preocupación de este padre es rehabilitar a su hijo. La esperanza del hijo es conseguir un puesto como servidor contratado, para poder obtener suficiente alimento. Ese es el grado de confianza que tiene en su padre. La clase de recepción que recibió debió causarle una enorme conmoción. Abruptamente cayó en cuenta de que nunca había entendido a su padre o su grado de amor hacia él; nunca comprendió la preocupación de su padre y la profundidad de su perdón.

Esta parábola está dirigida también a los corazones de la gente que ha perdido la esperanza y cuya de-

sesperación se expresa en la constante repetición de estilos de vida incapaces de proporcionar la felicidad. Sin embargo, siguen atrapados en ellos porque no conocen la felicidad que se encuentra en la amistad con Dios, que los sacaría del círculo vicioso del deseo, la gratificación y la frustración—el ciclo interminable del deseo desmesurado y la frustración. El padre estaba listo para perdonar y olvidarlo todo, en medio de su regocijo por haber encontrado al hijo que había perdido. Irse a un país lejano en búsqueda de felicidad era una tragedia, puesto que la verdadera seguridad, independencia y afecto estaban todos presentes en la casa de su padre, pero el hijo pródigo no lo sabía.

Los pecadores que escuchaban a Jesús estaban siendo invitados al mismo perdón ilimitado. No es el mérito lo que nos lleva a la amistad con el Padre, sino consentir a su infinita bondad y cuidado.

¿Qué hacemos después de haber regresado a casa, después de haber escogido, una vez más, vivir bajo la mirada infinitamente tierna de Dios, en vez de escondernos de ella? ¿Qué hacemos con los sentimientos de avaricia, orgullo, vanagloria, celos, envidia, lujuria, el deseo de manipular a las otras personas o, en fin, con todo el mundo de egoísmo que no forma parte de la casa del padre?

Ese retorno a la casa del padre no es un regreso al paraíso. Es tan sólo un retorno a la orientación correcta de nuestras vidas, con todo el daño que traemos desde nuestra niñez. Una vez que hemos escogido la orientación de vivir en la casa del padre, símbolo de la presencia de Dios, Jesús se nos une dondequiera que estemos. Los actos de egoísmo, las miradas retrospectivas, las tendencias regresivas a estados emocionales anteriores son cosas que compartimos con Cristo y él con nosotros. Él se identifica con nuestra historia personal en cada detalle. En vez de pensar que estamos alienados de Dios cuando surgen las emociones aflitivas, comprendemos que éstas son combustibles del amor divino. Podemos entonces darles la bienvenida sin identificarnos con ellas, porque las vemos como heridas que Dios está tratando de sanar.

En este relato no se dice nada de la madre del hijo. El padre parece ser un padre soltero que hace de padre y madre para sus hijos. Quizás la ausencia de la madre era el problema básico del joven desde que comenzó a vivir. Nuestra madre es nuestra primera ventana a Dios y si esa ventana está ausente debido a incomprendiones, ausencia física, o cuidado inadecuado, es difícil abrir esa ventana más tarde en la vida. La vocación de una madre es una de las más grandes vocaciones que existen. Comenzar bien en la vida resuelve un número enorme de problemas.

oooooooooooooooo

Lectio Divina

Después de un período de Oración Centrante o de un rato de silencio interior, siéntate con el evangelio que encabeza este envío. Es tan conocido que, a veces, dejamos de percibir la profundidad y novedad de su enseñanza. ¿Qué frase o versículo te toca de modo especial? ¿Qué te dice acerca de tu vida en general y tu vida en este momento? Respóndele al Señor que te habita de forma personal y espontánea. Permanece en silencio unos breves minutos antes de concluir la Lectio.

Práctica

1. Reflexiona en gran espíritu de compasión por ti mismo, sin recriminaciones, ni sentimientos de culpa. ¿Te has sentido perdonado alguna vez incondicionalmente como el hijo pródigo? Recuerda las circunstancias. ¿Quién te perdonó de esa manera radical? ¿Dios, otra persona, ambos? ¿Cómo te hizo sentir? ¿Qué consecuencias ha tenido en tu vida ese perdón sin preguntas? ¿Has podido, a tu vez, perdonar a alguien en el mismo espíritu que el padre de la parábola? Recuerda los detalles. ¿De qué forma liberar a los otros de su yugo de culpabilidad te liberó a ti? Comparte, si te es posible, con el grupo. Gracias.

2. “En vez de pensar que estamos alienados de Dios cuando surgen las emociones aflictivas, comprendemos que éstas son combustibles del amor divino. Podemos entonces darles la bienvenida sin identificarnos con ellas, porque las vemos como heridas que Dios está tratando de sanar.” ¿Cuáles son tus reacciones cuando observas tus emociones aflictivas (miedo, orgullo, celos, avaricia, etc., etc.)”? ¿Permaneces inmerso en sentimientos de culpa y de derrota? Como solía decir el Padre Thomas Keating: cualquier sentimiento de culpa que dure más de 10 segundos es neurótico. Presenta tus emociones aflictivas al Señor mediante la Oración de Bienvenida.

3. Practica la Visio Divina con el cuadro de Rembrandt “El Regreso del Hijo Pródigo.” Observa los rostros, ¿qué te dicen? Observa los gestos de las manos y la orientación de los cuerpos. ¿Qué te indican? ¿A qué te invitan? Regresa a la imagen durante la semana. Ábrete. Escucha. Siente.



Cultivando la capacidad de recibir y dar amor sin interrupción y sin límites

LA ASCENSIÓN

Cuando todavía estaba con los apóstoles, Jesús les advirtió que no debían irse de Jerusalén. Les dijo: “Esperen a que se cumpla la promesa del Padre de la cual les he hablado. Juan bautizó con agua, pero dentro de pocos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo”. (Hechos, 1:4-5)

El día de la Ascensión nos regocijamos en el triunfo de nuestro Señor Jesucristo, en su exaltación a la derecha del Padre y la glorificación de su naturaleza humana. Nos regocijamos igualmente en su llegada invisible como Espíritu de vida en nuestros corazones. Él se va, pero regresa de nuevo. Desaparece de este mundo visible, pero sólo para volver a él en las profundidades de cada corazón humano, para invitarnos allí a experimentar el fruto maduro de su resurrección, en el desbordante poder del Espíritu Santo. Hoy el Señor comienza a dar rienda suelta al Espíritu Divino en los corazones de los creyentes y experimentamos al Espíritu Santo brotando de nuestro ser más íntimo y fluyendo a través de toda nuestra naturaleza humana. Nuestros pensamientos, nuestras emociones, nuestros mismos cuerpos resplandecen con el Espíritu Divino. Las alabanzas del Dios viviente salen a borbotones de nuestros labios, no solamente de nuestro propio corazón, sino del corazón de Dios mismo, que vive en nosotros.

“A ustedes”, les dice Jesús a sus discípulos, “les son dados a conocer los misterios del Reino de Dios”. El Reino de Dios es el apogeo de la luz, la vida y el amor que han sido liberados en nosotros por el poder de la Resurrección, y firmemente establecidos por la gracia de la Ascensión. Es imposible sobreestimar el poder espiritual que ahora se mueve en nuestro interior. “Esperen en Jerusalén”, les dice Jesús, “por el poder que viene de lo Alto”.

“Nuestro Dios es un fuego que lo consume todo” nos dice el profeta. Hoy podríamos decir que nuestro Dios es energía ilimitada, una explosión nuclear que nunca termina. Es ilimitada porque su fuerza está en Dios y es Dios. El amor divino es un poder real, pero lo opuesto al control o la manipulación. Es el poder de dar sin interrupción y para siempre. Como el sol, nunca para de irradiar energía, luz y fuerza vital. Aunque todos cierren las cortinas para esconderse del sol, éste continúa entregándose. El sol es una buena imagen de Dios como ‘un fuego que lo consume todo’. El amor divino es la emanación de luz, vida y amor sin interrupción y no se desanima en absoluto por cualquier clase de resistencia. Sigue viniendo.

¿Cuál es nuestra respuesta a la gracia de la Ascensión? Mediante las lecturas que nos preparan para esta fiesta, Jesús propone un nuevo entendimiento del mandamiento del amor. Él había confirmado la enseñanza del Antiguo Testamento, que es el corazón de la verdadera moralidad: debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Ahora nos da un nuevo mandamiento: amar a los demás como Él nos ha amado, que es algo infinitamente más exigente. Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos es la más alta realización del amor humano. Pero Cristo nos está llamando no solamente al amor humano, sin duda noble, sino al amor divino mismo. El amor divino es la capacidad de amar sin límite alguno, y seguir amando, aunque todas las cortinas del mundo se cierren contra nosotros. Es amar a nuestro prójimo con aceptación incondicional. Amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos es la ley del amor humano. Es el movimiento de dar y recibir—de amar y ser amados a la vez. Por lo tanto, se relaciona con la recompensa del amor.

Amar como Jesús nos amó es amar con Amor Divino, con el Amor de las personas de la Trinidad, que es total auto-entrega. Ellas no aman para recibir amor a cambio, sino porque la naturaleza del Divino Amor es dar, derramarse, rendirse, y hacerlo por ninguna otra razón que porque es lo que es: puro don. Nosotros también debemos amar, no con el objeto de conseguir algo, sino porque estamos llamados a ser agentes del amor divino; a identificarnos con él y a ser canales de esta inmensa energía, hasta que el mundo sea trans-

formado por Cristo y Él sea todo en todo. Nos ofrendamos, no porque así lo escojamos, sino porque Jesús nos ha escogido y nos ha ordenado amar como él nos ha amado.

Cuando dos o más personas se aman, se encuentran en unión. Pero los llamados al amor divino son llamados a la *unidad*. “Padre, que ellos sean uno, como Tú y Yo somos uno”. La energía del amor divino fue introducida en nuestros corazones en el Bautismo y ha incrementado por medio de la Eucaristía y por la celebración anual de la Resurrección. Ahora, en esta fiesta de la Ascensión, se nos invita a entrar más profundamente aún en el misterio de la vida divina, que es el intercambio infinito del amor divino. El amor de Cristo está presente en nosotros como una inmensa energía espiritual. El Señor Jesús nos pide ejercitarla y transmitirla hasta que sea toda nuestra vida. Entonces Él será todo en todo en nosotros. Él será lo que es – el Cristo glorificado.



Lectio Divina (Visio Divina)

La invitación de Jesús para que amemos a las personas como él nos amó adquiere un significado más profundo cuando damos la bienvenida a la Gracia de la Ascensión. Llegamos a comprender que la hermandad que Jesús inauguró para toda la humanidad trae una verdad que se manifiesta inquebrantable: nadie es considerado ajeno a nuestros corazones. O, como mejor nos enseñó Pablo VI: “*Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón*” (GS, 1).

En lugar de Lectio Divina, te proponemos que hagas la experiencia de Visio Divina usando el ícono a continuación. Ábrete a la Palabra a través de este ícono: *Jesús y el Abad Ména*, pero llamado por algunos el *Cristo Amigo*:

- Lee el ícono: observar detalles, identifica personajes, gestos, objetos.
- Medita el ícono: cuál de los detalles te llamó más la atención; ¿Y en qué sentido está relacionado con tu caminar espiritual?
- Inspírate con el ícono en tu Oración: acéptalo también como una invitación y presenta tus propios “*gozos y esperanzas, tristezas y angustias*” a Dios.
- Disfruta el ícono como una ventana hacia la Contemplación: vuelve a los detalles, pero ahora, en silencio. Permite que tu corazón entienda mucho más de lo que has visto.

Práctica

Mientras meditamos en la Ascensión, nuestros corazones se llenan de la Amistad amorosa que Jesús tiene para nosotros. Es como escucharlo decir, colocando su mano derecha sobre nosotros: “No tengas miedo, Yo soy el primero y el último, el que vive; conocí la muerte, pero aquí estoy, vivo por los siglos de los siglos” (Ap 1, 17-18). Pero al mismo tiempo, todas las veces que no pudimos ser un signo de amistad amorosa pueden aparecer en nuestra memoria; momentos en los que no pudimos practicar el amor divino (y, a veces, ni siquiera el amor humano).

Por lo tanto, como práctica, te sugerimos que, después del momento de la Oración Centrante, elijas una persona en particular, todos los días, y, abrazando al Señor, recuerda los momentos en que tampoco pudiste abrazarla: con tus ojos, con tu sonrisa, con tus palabras ... Haz de este momento de oración un momento de perdón:

- ¡Pídele perdón!
- ¡Perdónate!
- Confía en la Misericordia de este Jesús Amigo, “que hace todas las cosas nuevas”.

– Y, si Dios te inspira, piensa en cómo puedes compartir este momento con ella.

El texto del Padre Thomas Keating, a continuación, puede ayudarnos:

La clave para ser cristiano es conocer a Jesucristo en todo nuestro ser. Es muy importante conocer Su humanidad sagrada por medio de nuestros sentidos y reflexionar sobre ella con nuestro entendimiento, valorar sus enseñanzas y su ejemplo en nuestra imaginación y guardarles como un tesoro en nuestra memoria, e imitarlo con una vida de integridad moral. Pero esto es solo el comienzo. Es a este potencial trascendental en nosotros – a nuestras mentes que se abren a la verdad sin límite, y a nuestra voluntad que quiere alcanzar un amor sin límite, al que Cristo se dirige con especial urgencia. La gracia de la Ascensión permite que percibamos el poder irresistible del Espíritu, transformándolo todo para que pase a formar parte de Cristo, a pesar de que todas las apariencias digan lo contrario. En lo miserable de un ghetto, o de un campo de batalla, o de un campo de concentración, o de una familia destrozada por desavenencias; en la desolación del orfanato, o del asilo de ancianos, o del ala de un hospital – cualquiera que sea el espectáculo que parece desplazarse en formas espantosas de maldad – en medio de todo esto, la luz de la Ascensión brilla con poder irresistible. Esta es una de las mayores intuiciones de la fe. (El Misterio de Cristo, pp. 90-91)



Icono copto, sec. VIII (louvre.fr)

Consintiendo a la Incertidumbre

ESPERANDO POR DIOS

“Estén preparados, con los cinturones ceñidos y las lámparas encendidas. Sean como sirvientes que esperan el regreso de su señor, que fue a una boda, para abrirle apenas llegue y llame a la puerta. ¡Dichosos los servidores a quienes el señor encuentre velando a su llegada! Les aseguro que él mismo se pondrá un delantal, los hará sentar a la mesa y se pondrá a servirlos. ¡Dichosos ellos, si el señor llega a medianoche o antes del alba y los encuentra así! Entiéndanlo bien: si el jefe de familia supiera a qué hora va a llegar el ladrón, no le permitiría forzar la puerta de su casa. Ustedes también estén preparados, porque el Hijo del hombre llegará a la hora menos pensada”. (Lucas 12: 35-40).

Abraham no sabía hacia dónde iba cuando fue llamado por el Señor. Él es el paradigma de la fe, especialmente de la fe contemplativa, que está dispuesta a seguir el llamado de Dios hacia lo desconocido sin saber adónde se va. De hecho, ésa es la única forma de ir. Tan pronto como pensamos que sabemos adónde vamos, estamos en el camino equivocado.

El Señor ofrece dos parábolas en este texto y ambas tratan acerca de la incertidumbre. En la primera, el sirviente no sabe cuándo regresará su señor de la boda. La segunda afirma que si el señor de la casa supiera cuándo iba a llegar el ladrón, permanecería despierto. Estas parábolas refuerzan la idea de que la travesía espiritual no está programada y no puede ser computarizada. Tienes que estar dispuesto a tolerar la incertidumbre, lo que significa esperar, estar en guardia y hacer tu trabajo mientras esperas. Estas parábolas son maneras de cuestionar nuestra habitual exigencia de saber hacia dónde vamos, qué está sucediendo, cuál es el final de la travesía y, si fuera posible, la fecha exacta en que la unión transformante va a ocurrir.

Veamos si podemos percibir el guiño en los ojos de Jesús cuando dirige estas parábolas a sus estudiantes. Él dice, “Deja que los cinturones estén apretados alrededor de tu cintura y tus lámparas ardiendo brillantemente y sean como sirvientes que aguardan el regreso de su señor de una boda.” Esta enseñanza es acerca de cómo debemos sentirnos mientras esperamos por Dios en la oración. Jesús dice, “Piensa en Mí como si estuviera en una boda”. Quiere que supongamos que Él tiene una buena razón para retrasar su aparición y pide que no nos entreguemos a las quejas o que le reprochemos su ausencia. El propósito de esperar es estar listos para que, cuando por fin Él llegue, podamos abrirle cuanto antes y disfrutar de su presencia.

Jesús continúa diciendo. “Dichosos los sirvientes a los que el Señor encuentra velando a su llegada. Les aseguro que Él mismo se pondrá un delantal, los sentará a la mesa y procederá a servirlos”. Parafraseando, “Amigos, si no se quejan porque demoré tanto en la fiesta, ¡no se imaginan el servicio que les daré! Es posible que venga a medianoche o justo antes del amanecer. Si pueden esperar hasta entonces, me verán saliendo de la oscuridad.”

El Señor sabe perfectamente bien que nosotros, como los discípulos en el Lago Tiberíades, hemos trabajado duro sin pescar nada, y que todos nuestros esfuerzos han sido estériles. Seguimos esperando. Cuando la aurora comienza a mostrarse, la paz de Cristo silenciosamente entra a lo más íntimo de nuestro ser y se desborda en todos los sentidos.

Ahora Jesús cambia la imagen. De nuevo nótese el humor. “Ustedes saben que si el jefe de familia supiera a qué hora iba a venir el ladrón, no le permitiría forzar la entrada de la casa”. Jesús se presenta a sí mismo ahora como intruso inesperado. Esta parábola se refiere no solamente a la muerte física, sino a todas sus inesperadas intromisiones en nuestras vidas que nos toman por sorpresa. Algunas veces viene cuando nos encontramos ‘de capa caída’. De improviso, en medio de la angustia, la ira, la amargura, los pensamientos lujuriosos y el sentimiento de abandono, esta increíble presencia amorosa parece como si nos dijera, “Bueno, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás refunfuñando? Porque se puso un poco oscuro no me veías. Estate en

guardia, por consiguiente, porque el Hijo del Hombre vendrá cuando menos lo esperes.”

Cuando menos lo esperamos es la parte más oscura de la noche. No son nuestras súplicas las que traen de regreso al dueño de la casa; El viene cuando ve que hemos completado nuestra preparación. El dolor de esperar está en proporción al gozo de la resurrección. A los que están en la travesía espiritual, no les pasa nada que no esté dirigido hacia la unión divina, si solamente dicen “sí”.

Si no podemos decir que “sí,” deberíamos, simplemente, esperar sin decir nada. Entonces, al menos, no diremos que “no.”

oooooooooooooooo

Lectio Divina

Después de un período de Oración Centrante, toma en tus manos reverentemente el texto de San Lucas que acabamos de compartir. Pídele al Espíritu Santo que te abra la mente y el corazón para recibir el mensaje que este evangelio tiene *hoy para ti*. Léelo despaciosamente, saboreándolo. Observa cualquier palabra o frase que capte tu atención. Quédate con ella, rúmiala, disfrútala, o quizá esa palabra te cuestione o te incomode. No la dejes, permanece con ella. Confía en la acción del Espíritu. Siéntete en libertad de releer el pasaje cuantas veces te sientas inclinado a hacerlo y permítete responder a lo recibido en tus propias palabras. Finalmente, permanece en silencio, descansando, unos breves momentos. ¿Qué te dice? ¿Cómo te cuestiona? ¿De qué forma te toca?

Práctica

1. Nos encontramos viviendo momentos de gran inseguridad, en medio de una pandemia que ha vuelto nuestra vida al revés y que nos invita a abrazar la inseguridad, algo nada fácil de hacer.

¿Cómo has evolucionado emocionalmente a lo largo de estas semanas de aislamiento e incertidumbre? ¿Te sientes ahora más o menos angustiado que cuando comenzó este período? ¿Qué cambios has notado en ti? ¿Qué te está enseñando esta experiencia? ¿Cómo afecta esta experiencia tu deseo de control? Practica la Oración de Bienvenida en este contexto.

2. ¿Experimentas el deseo de querer controlar a Dios y saber cómo va a desarrollarse tu travesía espiritual? ¿Te desanimas cuando llega a ti alguna de las “noches” por las que todos atravesamos en la travesía espiritual, en las que Dios parece haberse ido de fiesta a una boda sin ocuparse ya de ti? ¿Estás dispuesto a esperar por Dios en fe pura, confiando en su amor e infinita misericordia?

Como nos dice el Padre Thomas, Dios no puede irse a ningún lado porque, si lo hiciera, nos convertiríamos en una simple “mancha de grasa.” Está más cerca de nosotros que nuestra propia respiración.



Abriéndonos a la Maternidad de Dios

EL PERDÓN

Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar al hermano que peca contra mí? ¿Hasta siete veces? “No te digo que hasta siete veces, sino hasta setenta y siete veces—le contestó Jesús— Por eso el reino de los cielos se parece a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Al comenzar a hacerlo, se le presentó uno que le debía miles y miles de monedas de oro. Como él no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él, a su esposa y a sus hijos, y todo lo que tenía, para así saldar la deuda. El siervo se postró delante de él. “Tenga paciencia conmigo —le rogó—, y se lo pagaré todo”. El señor se compadeció de su siervo, le perdonó la deuda y lo dejó en libertad. Al salir, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas de plata. Lo agarró por el cuello y comenzó a estrangularlo. “¡Págame lo que me debes!” le exigió. Su compañero se postró delante de él. “Ten paciencia conmigo —le rogó—, y te lo pagaré,” pero él se negó. Más bien fue y lo hizo meter en la cárcel hasta que pagara la deuda. Cuando los demás siervos vieron lo ocurrido, se entristecieron mucho y fueron a contarle a su señor todo lo que había sucedido. Entonces el señor mandó llamar al siervo. “¡Siervo malvado! —le increpó—te perdoné toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también haberte compadecido de tu compañero, así como yo me compadecí de ti?” Y, enojado, su señor lo entregó a los carceleros hasta que pagara todo lo que debía. Así también mi Padre celestial los tratará a ustedes, a menos que cada uno perdone de corazón a su hermano. (Mateo 18: 21-35)

Todas las parábolas del Señor tienden a trastocar los sistemas de valores aprobados o aceptados en su época. El Antiguo Testamento urgía a la gente a perdonar a sus conciudadanos. Pero era demasiado esperar que perdonaran a los extranjeros. La idea del perdón fue ampliada mucho más allá de sus límites gracias al ejemplo y las enseñanzas de Jesús. Él dejó en claro que cualquiera que hubiese sido la enseñanza aceptable hasta ese momento, Él estaba proponiendo una enseñanza nueva, a saber: que se debe perdonar una y otra vez, sin ninguna limitación.

Esta enseñanza sorprende a Pedro y a los otros discípulos entrenados en el medio religioso de su tiempo. Pedro pensó que estaba siendo muy generoso al proponer perdonar ofensas hasta siete veces. Esperaba una palmada en la espalda cuando trajo a colación esta fórmula. Como le pasó a menudo, Pedro calculó mal y fue reprobado. Jesús dijo: “Ustedes deben perdonar no sólo siete veces, sino setenta veces siete”. Puesto que el siete es un número perfecto, la clara implicación es que el perdón total es el sentido de la ley.

La parábola describe lo qué le sucedió a alguien con fuertes deudas que estaba a punto de ir a la cárcel. Se postró ante el rey, a quien adeudaba una gran suma, y le imploró misericordia. El rey le perdonó toda la deuda. Ése era un maravilloso acto de generosidad para aquella época.

El deudor, libre ya de las deudas que no podía pagar, apenas puso un pie en la calle se encontró con uno de sus propios deudores, que le debía una pequeña suma de dinero. Agarró a este último por la garganta diciéndole: ‘Págame lo que me debes o prepárate para las consecuencias.’ El deudor cayó rostro en tierra suplicando, ‘Dame tiempo y te pagaré todo’. Pero aquel hombre no lo escuchó y lo envió a la cárcel junto con su esposa y sus hijos.

Los servidores se indignaron y le informaron lo sucedido al rey. Éste se puso furioso. ¿No te sentirías igual? Pero el perdón de las deudas no era parte de la mentalidad de su tiempo. El deudor que fue perdonado estaba tan apegado a la expectativa de recuperar su dinero, que no podía cambiar su manera de proceder...

La enseñanza que se nos presenta tiene un cierto vigor. Jesús le dice a Pedro: “No sólo deberías perdonar a tu hermano siete veces, sino cualquier número de veces”. Esa es una nueva manera de pensar sobre el perdón. Los seres humanos han sentido, desde tiempos inmemoriales que, si eran ofendidos, tenían derecho a la venganza. Ésta se opone a la apertura de corazón a la que nos llama el Evangelio. Jesús, usando esos

términos fuertes, manifiesta el carácter maternal de Dios. Vivimos en una cultura patriarcal. No es lo mismo que una cultura paternal. La cultura patriarcal hace énfasis en la dominación, en vez del cuidado y la preocupación característicos del verdadero padre.

El perdón representa el lado tierno de Dios. La ternura se asocia normalmente con la sensibilidad femenina. Dios reclama el carácter femenino para sí mismo en un número de pasajes de las Escrituras como, por ejemplo, en Isaías: “Aunque una madre olvidara al hijo de sus entrañas, yo nunca te olvidaré.” (Isaías 49: 15).

El universo es el vientre de Dios, del cual surge toda criatura. ¿Cuál es el aspecto fundamental de un vientre? Es el medio vital en el que se desarrolla el vínculo entre el niño y su madre. Este vínculo debe continuarse fuera del vientre, para que el niño pueda convertirse en un ser humano normal. En esta parábola, la importancia del perdón como sanación esencial de un vínculo herido, emerge con toda su fuerza. La salud e integridad de toda comunidad, su creatividad y crecimiento, dependen del sentido de pertenencia. El perdón es una necesidad desde esta perspectiva; es el tejido mismo del universo.

Los brazos extendidos de Jesús en la cruz son símbolos del perdón de todo y a todos. Este amor triunfa sobre las fuerzas de entropía en la creación. En cierto sentido, no querer perdonar es un ataque a Dios. Él está tan identificado con la creación, que cualquier renuencia a perdonar es una resistencia a la gracia; cualquier tendencia a hacerle daño a otro, es desgarrar a Dios en pedazos.

El lazo del amor necesita renovarse constantemente. El perdón mantiene y robustece el vínculo de unidad que permite que toda vida crezca. Si tenemos mucho que perdonar, también tenemos mucho de qué ser perdonados. La proporción entre ambos, sugiere la parábola, es muy pequeño.



Lectio Divina

En este envío, el Padre Thomas hace referencia al lado maternal de Dios. Por supuesto, Dios trasciende todo género, no es masculino ni femenino, pero los seres humanos necesitamos metáforas para relacionarnos con la Realidad Máxima, sobre todo en las etapas iniciales de nuestra travesía espiritual. Como por muchos siglos hemos vivido en una cultura patriarcal, las metáforas predominantes acerca de Dios han sido masculinas, aunque, como indica el Padre Thomas, podemos encontrar en las Escrituras múltiples referencias al aspecto maternal de Dios. Practica la Lectio Divina con el siguiente lamento del Evangelio de Lucas (13: 34) en el que Jesús se presenta a sí mismo con rasgos maternales:

“¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste!”

¿Qué palabra o frase te atrae o te turba? Reflexiona acerca de lo que te dice en tu vida ahora mismo. Responde y descansa, en total silencio, para permitir que la Palabra se haga vida en ti.

Práctica

1. Reflexiona acerca de las veces que Dios te ha tratado como una madre que te recibe incondicionalmente en sus brazos. Sé específico. Recuerda esas ocasiones. Revívelas. Agradécelas. ¿Qué te han aportado de forma especial? Escoge hoy una persona a la que perdonar de forma maternal y perdónate a ti mismo con gran compasión. Comparte, si te es posible, con los compañeros del grupo.

2. Quizá la mística cristiana que más profundamente ha tratado de ver a Dios no solamente como Padre,

sino también como Madre, es Juliana de Norwich (1343-c.1416), quien vivió en la época de la pandemia llamada “la muerte negra,” que acabó con el 75% de la ciudad de Norwich. Juliana llega, incluso, a hablar de Jesús como Madre, en lenguaje al que, ciertamente, estamos poco acostumbrados: *“El servicio de una madre es el más íntimo, dispuesto y confiable, porque es el más natural, así como el más amoroso, y ciertamente es la forma más genuina de servicio que conozco. Y el único capaz de realizar a plenitud ese servicio es nuestro Señor Jesús. Sabemos que nuestra madre nos trajo al mundo en sufrimiento y muerte. ¿Pero qué hace nuestra verdadera Madre? Solamente Él, amorosamente, nos carga en sí mismo, con amor y dolor, hasta la plenitud de los tiempos...Él anhela alimentarnos, una obligación de su amor maternal por nosotros. La madre humana amamanta al niño con su propia leche, pero nuestra Madre Jesús nos nutre con Él mismo, con la mayor cortesía, en el Santísimo Sacramento, el alimento sin precio de la vida eterna.”*

¿Cómo has experimentado a Dios como madre hoy y durante esta semana? ¿Cómo te ha alimentado Jesús hoy y durante esta semana? ¿Hay otros lugares y otras formas inesperadas en las que quizá hayas ingerido el alimento de Cristo sin darte cuenta?

3. Acércate, en espíritu de oración, a este corto video del Papa Benedicto XVI sobre Juliana de Norwich, en el que Su Santidad habla de la sabiduría femenina y maternal de Juliana.

<https://www.youtube.com/watch?v=i4B8-i7lSp8>

Apertura a realidades más allá de nuestro contexto cultural

LIBERACIÓN DEL CONDICIONAMIENTO CULTURAL

Junto con Jesús iba un gran gentío, y él, dándose vuelta, les dijo: «Cualquiera que venga a mí y no me ame más que a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, y hasta a su propia vida, no puede ser mi discípulo. El que no carga con su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo. ¿Quién de ustedes, si quiere edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos, para ver si tiene con qué terminarla? No sea que una vez puestos los cimientos, no pueda acabar y todos los que lo vean se rían de él, diciendo: "Este comenzó a edificar y no pudo terminar". ¿Y qué rey, cuando sale en campaña contra otro, no se sienta antes a considerar si con diez mil hombres puede enfrentar al que viene contra él con veinte mil? Por el contrario, mientras el otro rey está todavía lejos, envía una embajada para negociar la paz. De la misma manera, cualquiera de ustedes que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. (Lucas 14: 25-33)

El texto presenta a Jesús andando por un camino, acompañado de una gran multitud. Supongo que se le ocurriría preguntar: ¿quiénes son estas personas que me siguen y cuál es su motivación? En todo caso, se viró y les presentó las palabras de sabiduría recogidas en este texto y de las que yo hago una paráfrasis: “A menos que ustedes, los que me están siguiendo, estén dispuestos a odiar a su madre, a su padre, a su esposa, a sus hijos y a sus hermanas y hermanos, y regresar a casa; a menos que estén dispuestos a dar la espalda a las personas más cercanas a ustedes, no pueden ser mis discípulos.” Luego añadió: “También tienen que odiar su propia vida, su propio yo, sus propios pensamientos, juicios y complejos.” Esto no es nada fácil. Como un buen número continuó siguiéndolo, añadió dos parábolas a modo de aclaración.

Antes de construir una casa, una persona prudente dibuja unos planos y calcula los cimientos teniendo en cuenta la altura del edificio. Jesús comenta: “Reflexiona acerca de lo que significa ser mi discípulo. No simplemente me sigas a ciegas. ¿Qué te va a costar? Piensa acerca de los cimientos que este edificio requiere y a qué te estás comprometiendo.”

Las expresiones de Jesús están diseñadas para hacer que la gente cuestione sus valores establecidos para que puedan abrirse al programa radical de cambio que Él ofrece. En general, no nos gusta el cambio; incluso un cambio para mejorar puede ser amenazante. Es más fácil seguir enganchados con el sistema de valores que hemos absorbido de nuestros padres, de nuestra educación, grupo étnico, nación y formación religiosa. Jesús regularmente invitaba a quienes lo escuchaban a cuestionar su sistema de valores... El punto importante es que las palabras de sabiduría de Jesús desafían a nuestros valores incuestionados en cualquier época que vivamos.

Una persona bien conocida que vivió estas palabras de sabiduría fue San Francisco de Asís. Él procedía de una “buena familia,” su padre era un comerciante exitoso y muy respetado en la comunidad. Como la mayor parte de los padres, pensaba que sería bueno si sus hijos se casaban con alguien escogido por sus padres y tenían un buen ingreso, un buen hogar, niños y forma de cuidarlos a ellos en su vejez, para luego enterrarlos y recordarlos con amor. Estas eran las expectativas normales de la época. Desafortunadamente, se institucionalizaron durante un largo período de tiempo y llegaron a ser consideradas valores supremos. Cualquiera que vacilara ante alguna parte del escenario esperado, experimentaba gran resistencia por parte de familiares y amigos... Cuando Francisco se fue de la casa y dejó atrás sus posesiones, su padre se sintió insultado, herido y rechazado. Sus planes para Francisco se vieron totalmente trastocados... Pero Francisco logró des-identificarse de los valores limitados de su familia y su cultura...

Cuando somos llamados, como implica Jesús, a una serie de valores más altos que incluyen el servicio, no solamente a nuestra familia inmediata, sino a un marco más amplio—como era el caso de los apóstoles—entonces los valores que no han sido cuestionados se convierten en obstáculos para el camino. Por lo tanto, Jesús nos advierte que debemos “odiar” nuestros apegos culturales y lanzarnos a lo desconocido. Debemos estar listos a renunciar a los valores que hemos interiorizado, cuando éstos se oponen a los valores del

Evangelio...

...La lucha por dejar ir nuestra identificación excesiva necesita ser guiada: hay una línea muy delgada que distingue una verdadera vocación de un fanatismo que se aferra a una visión que no ha estado suficientemente matizada o en diálogo con otros valores humanos. Las expresiones duras de Jesús fueron siempre equilibradas con otras instrucciones que parecen contradecirlas... Estas afirmaciones de equilibrio nos advierten que lo que Jesús enseña es libertad interior de la identificación excesiva con la cultura, capaz de impedir el crecimiento humano. No es un rechazo a la gratitud que debemos a nuestros padres, sino la libertad de ir más allá de la particular visión del mundo de éstos.

oooooooooooooooo

Lectio Divina

Lee detenidamente y en espíritu de oración las siguientes palabras del Padre Thomas sobre la oración contemplativa:

“La oración contemplativa es un proceso de transformación interior, una conversión iniciada por Dios y que nos conduce, si consentimos a ello, a la unión divina. En este proceso cambia la manera en que vemos la realidad. Tiene lugar una reestructuración de la consciencia que nos capacita para percibir, relacionarnos y responder a la vida cotidiana con una sensibilidad cada vez mayor a la presencia divina dentro, a través, y más allá de todo lo que sucede.”

(Thomas Keating, Introducción a la nueva edición de MACA)

Permite que alguna palabra o frase de este párrafo te toque, te atraiga, te cuestione, te desafíe, te consuele o te moleste. Quédate con ella, rúmiala en tu corazón, ¿qué te dice sobre la identificación excesiva sobre los valores de la cultura?

Práctica

En su definición del falso yo, el Padre Thomas coloca la identificación cultural excesiva como su cuarto elemento. Los otros tres son los centros de energía emocional: seguridad; poder y control; afecto, aprobación o estima. Es importante que nos demos cuenta del papel que juega nuestra cultura en la formación del falso yo. La identificación excesiva con los valores culturales es el caldo de cultivo en el que crecen los centros de energía. Es decir, lo que consideramos importante para nuestra seguridad, nuestro control y nuestra aprobación es lo que la sociedad que nos rodea promueve como deseable: bienestar económico, éxito en los negocios, fama, posiciones de autoridad, objetos de moda, etc., etc., etc. Deseamos lo que los otros, en nuestro contexto cultural, consideran deseable y compartimos los prejuicios de nuestro medio social. El silencio de la oración contemplativa comienza, poco a poco, a cuestionar dichos valores en el proceso de la Terapia Divina. Y, como dice el P. Thomas en el párrafo anterior, comenzamos a VER con nuevos ojos, cambia la forma en que percibimos y valoramos la realidad. Como diría Cynthia Bourgeault, gradualmente comienza a “instalarse un nuevo sistema operativo” que reemplaza la forma en que habitualmente percibimos la realidad. Éste es un proceso difícil de conversión, desapego y consentimiento y muchos nos quedamos estancados en esta etapa sin consentir plenamente a su desmantelamiento. Sin su desmantelamiento, no hay transformación. Cuando consentimos a él, frecuentemente nos sentimos libres, pero también diferentes, solos, raros, quizá rechazados, unidos en solidaridad con todos los demás, pero no con algunos de sus valores básicos.

- ♦ ¿Qué cambios de perspectiva has observado en ti tras un tiempo de práctica en la Oración Centrante?
- ♦ ¿Qué valores culturales te han sido o están siendo difíciles de soltar en tu travesía espiritual? ¿Cuáles siguen siendo piedras de tropiezo? Pídele ayuda al Señor. Sé específico, pero suave y compasivo contigo mismo. Se trata de un proceso.
- ♦ Enciende una vela y ofrece, en gratitud, aquellos valores falsos que has podido ir soltando, aunque sea parcialmente. ¿Te hacen sentir más libre? Recuerda no juzgar ni criticar a nadie, ni siquiera a ti mismo, sino simplemente observar y estar alerta, pero relajado. Comparte con el grupo.

